

## REPOSITORIO ACADÉMICO DIGITAL INSTITUCIONAL

### ***“LA RECONSTRUCCIÓN DE LA DIGNIDAD HUMANA DESDE LA FILOSOFÍA DE GABRIL MARCEL”***

**Autor: Marco Antonio González Calderón**

Tesis presentada para obtener el título de:  
**Licenciado en Filosofía**

Nombre del asesor:  
**Salvador Huerta García**

Este documento está disponible para su consulta en el Repositorio Académico Digital Institucional de la Universidad Vasco de Quiroga, cuyo objetivo es integrar organizar, almacenar, preservar y difundir en formato digital la producción intelectual resultante de la actividad académica, científica e investigadora de los diferentes campus de la universidad, para beneficio de la comunidad universitaria.

Esta iniciativa está a cargo del Centro de Información y Documentación “Dr. Silvio Zavala” que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados.

Esta Tesis se publica bajo licencia Creative Commons de tipo “Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada”, se permite su consulta siempre y cuando se mantenga el reconocimiento de sus autores, no se haga uso comercial de las obras derivadas.





# UNIVERSIDAD VASCO DE QUIROGA

---

---

**FACULTAD DE FILOSOFÍA**

TÍTULO

**LA RECONSTRUCCIÓN DE LA DIGNIDAD HUMANA,  
DESDE LA FILOSOFÍA DE GABRIEL MARCEL**

## TESIS

Para obtener el grado de:

**LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

Presenta:

**Marco Antonio González Calderón**

ASESOR DE TESIS:

**LIC. SALVADOR HUERTA GARCIA**

CLAVE 16PSU0024X ACUERDO No. LIC 121129

**MORELIA MICH., JUNIO 2025**

## Índice

<b>Agradecimientos</b> .....	<b>4</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>5</b>
<b>CAPÍTULO I</b> .....	<b>12</b>
<b>VIDA, OBRAS E INFLUENCIAS DEL AUTOR</b> .....	<b>12</b>
<b>1.1. VIDA DE GABRIEL MARCEL: ENFRENTAR Y SUPERAR LA ADVERSIDAD (REALIDAD)</b> .....	<b>12</b>
<b>1.2. Sus principales obras</b> .....	<b>22</b>
<b>1.3 Influencias Filosóficas</b> .....	<b>26</b>
<b>1.4 Contextualización de su época</b> .....	<b>27</b>
<b>1.5 Vigencia de su pensamiento</b> .....	<b>29</b>
<b>CAPÍTULO II</b> .....	<b>31</b>
<b>EL SER HUMANO COMO SUJETO DE EXISTENCIA, LIBERTAD Y CON SENTIDO DE TRASCENDENCIA</b> .....	<b>31</b>
<b>2.1. Punto de partida y gestión del existencialismo</b> .....	<b>31</b>
<b>2.2. Postura existencialista de Gabriel Marcel</b> .....	<b>37</b>
<b>2.3. Sentido de trascendencia con base en el existencialismo de Marcel</b> .....	<b>39</b>
<b>2.4. La persona o el ser como trascendente</b> .....	<b>42</b>
<b>2.5. La esperanza y la persona</b> .....	<b>43</b>
<b>2.6. La persona y su relación implícita y explícita con el sufrimiento</b> .....	<b>46</b>
<b>2.7. El sufrimiento como prueba</b> .....	<b>48</b>
<b>CAPÍTULO III</b> .....	<b>51</b>
<b>EL SER HUMANO, UN SER ENCARNADO, TRASCENDENTE E IMPLICADO EN EL MISTERIO</b> .....	<b>51</b>
<b>3.1 Libertad del ser trascendente</b> .....	<b>51</b>
<b>3.2 Persona como sujeto de dignidad</b> .....	<b>53</b>
<b>3.3 Dar el sentido de nuestra sociedad</b> .....	<b>55</b>

3.4 Recuperar al Ser Humano .....	56
3.5. Aportar una respuesta a la falta de fraternidad .....	60
3.6. La muerte como acceso a la trascendencia .....	61
<b>CAPITULO IV .....</b>	<b>65</b>
<b>HOMBRE COMO SUJETO DE DIGNIDAD .....</b>	<b>65</b>
<b>4.1. La situación del hombre contemporáneo.....</b>	<b>65</b>
4.2. Hombre frente al misterio.....	67
4.3. Ser encarnado.....	71
4.4. La participación .....	78
<b>CONCLUSIÓN .....</b>	<b>88</b>
- El Derecho al respeto como sentido de dignidad .....	88
- El Ser como dador de la dignidad.....	88
- La trascendencia como fuente de salvación .....	88
<b>GLOSARIO.....</b>	<b>91</b>
<b>Bibliografía .....</b>	<b>95</b>

### **Agradecimientos**

Agradezco a Dios Uno y Trino

Agradezco a mi familia, porque sin ellos

no sería posible mi vocación, parte

importante en mi formación humana y cristiana.

“Es cierto que nunca me llamarán Papá,

pero miles me llamarán Padre”

Que sea tu voluntad y no la mía.

## INTRODUCCIÓN

La época contemporánea presenta un sinnúmero de complicaciones y retos para las personas que se desarrollan y viven en estas nuevas o modernas sociedades, los cambios tecnológicos han traído consigo mismos la masificación de los individuos, que lejos de ser vistos como seres humanos, son comprendidos sólo en virtud del potencial servicio que éstos le pueden producir a los intereses creados por los llamados hombres de negocios, más aún, seres que han venido concentrando el poder a través de lo que ellos han denominado el progreso.

Las personas han sufrido una cosificación como nunca se había visto, debido a que los seres humanos se comprenden como máquinas de producción, sin ningún derecho a la libertad, pues, ésta se les ha venido sistemáticamente negando, pues la palabra que impera en la mayoría de los lugares en donde los hombres se desenvuelven, es la competitividad, es decir, se ha emprendido una lucha feroz por la mal enfocada y denominada eficacia. Esto se puede observar en las condiciones que las grandes empresas colocan en sus slogans de contratación para futuros empleados. Por ejemplo; la edad que se coloca, de 25-35 años. De entrada, colocan una barrera a las personas que no estén dentro de esta limitante que ellos arbitrariamente han determinado que así sea. Es la objetivación de las personas a ojos vistos, los gobiernos lejos de hacer algo para que esto cambie, sólo se concentran en sus intereses propios, es el poder por el poder, más todavía, se coluden con ellos generando condiciones de vida nefastas para la gran mayoría de los ciudadanos.

Lo importante es la ganancia y si el ser humano puede colaborar para el aumento de ésta, será bienvenido, pero cuando se concluya el tiempo de vida útil de la persona, ésta deberá de ser desechada, tirada al cesto de basura en la que han convertido a la sociedad. Es a partir de lo expuesto con anterioridad, que la presente investigación cobra sentido, esto es, hasta qué punto es el individuo responsable de su tragedia o sufrimiento, es lo único que le resta al hombre, sufrir y esperar la muerte o es por el contrario la vida una forma necesaria de experimentarse a sí mismo como un ser carente de explicación de estas vivencias. Únicamente le queda a la persona aceptar esta dramática cosificación y objetivación y, por consiguiente, negación de su propia dignidad.

Es la dignidad de la persona una moneda de cambio que el hombre poderoso puede y debe ejercer según su beneplácito. Por otro lado, la dignidad de la persona es inherente e irrenunciable a él.

Empero, no es exclusivamente el hecho de fundamentar la dignidad del ser humano, en esta vida para y en beneficio del ser personal, sino es más profunda la dignificación de lo que es en sí mismo el ser humano. Se debe proyectar al individuo hacia la consumación de su propia existencia, llevándolo al sitio para el que fue creado, esto es, el individuo se debe concientizar de su propia dignidad, vivir conforme a ella, pero también saberse un ser en trascendencia, en camino hacia la consumación de su propio ser, entenderse en el mundo, sabiendo que hay un modo de existencia superior que lo orienta hacia una dimensión superior y nueva.

Por lo que esta investigación será dirigida hacia la importancia que posee la recuperación de la conciencia del sujeto con respecto a su dignidad, y a través de ella sentir cómo es que él es un ser en transición, conformado, en lo más interno de su ser de espiritualidad y esperanza.

Para llevar a buen puerto, la presente investigación, nos fundamentaremos en el pensamiento del filósofo francés llamado Gabriel Marcel.

Marcel une las experiencias del ser y del espíritu como posibilidades que permiten conocer la verdad, de la cual, a su vez se origina la esperanza y expone las consecuencias que ha traído para el hombre aquella declaración Nietzscheana “Dios ha muerto”. La muerte de Dios en el pensamiento de Nietzsche es la culminación de la transmutación de los valores puesto que, sin Dios todo es válido, los valores dependen de una jerarquía y, una vez rota, todo pierde su valía y la pérdida de los valores ha supuesto la agonía del ser humano.

En la postmodernidad el hombre se encuentra ante una situación bastante compleja; la persona ha sido reducida en su dignidad de ser humano y ha pasado a ser una cosa, un simple objeto, del cual se puede pensar y hacer de él lo que más convenga.

Por ello, nuestra indagación pretende ofrecer una alternativa esperanzadora a el ser humano, donde le sea posible reencontrarse consigo mismo; tener como autor base al filósofo Gabriel Marcel, que trata explícitamente sobre la dignidad del ser humano, entendido éste como un don y un misterio.

El sentido de la vida es una cuestión que todo hombre tiene por interés, y para ello requiere de una respuesta que satisfaga todas aquellas inquietudes que puedan surgir a lo largo de la vida de todo individuo.

La dificultad que vive la persona humana provoca hacia sí mismo una reflexión y una pregunta sobre el sentido de la vida. Tal sentido es capaz de poner de manifiesto el punto final del hecho de vivir, de ahí la importancia de encontrar las causas por la cuales se pierde el sentido de la vida de todo individuo. Para esto, podemos ver que el hombre se encuentra como una persona extraña de sí mismo, ante el mundo que lo rodea provocando en la persona una serie de sentimientos negativos.

Marcel nos pone de manifiesto que hay un factor de guerra que hace que la vida sea reducida a mercancía o cosa por la despersonalización de los servicios, es decir, a perder su dignidad. Por lo que esté nos dirá lo siguiente “la esperanza es aquella que supera el deseo de la desesperación, esta trascenderá en el tiempo” (Rojas, 2017, pág. 18).

La persona, no puede entenderse sin las coordenadas de la exigencia ontológica, la vocación ontológica podríamos decir, que se manifiesta en una permanente recreación de sí mismo en su respuesta libre a las llamadas que provienen de lo profundo del ser, como bien sabemos la ontológica es “una ciencia que estudia lo que es. en tanto que algo que es (to ón héi ón) y los atributos que, por sí mismo, le pertenecen.” (Aristóteles)

Las reflexiones de Marcel sobre la crisis que padece el hombre del siglo XX en la cuestión de su dignidad constituyen una experiencia de deshumanización que no favorece de ningún modo el derecho a vivir en paz y con dignidad, mediante el estudio de la segunda guerra mundial lo analizaremos por extensión, en base a la total cosificación por la cual va pasando la humanidad durante nuestro problema central.

En el siglo XXI seguimos enfrentando situaciones profundas, agudas y actuales, pues afrontan problemas que continúan siendo los nuestros. Sin embargo, Marcel dice que otro aspecto que atañe al hombre, son las grandes posesiones que de alguna manera es una cuestión ética, ya que éstas serán las que regulen los actos de la persona humana.

En esta investigación, demostraremos cómo el hombre se mueve en distintas dimensiones, y que, a partir de esto, el individuo es eyectado en el mundo y desde cierto punto de vista tiene un pensamiento que hace que pase el individuo por una incertidumbre para irse degradando día con día, pero al final tiene que redescubrirse quién es en realidad y cuál es su motivo de vida para continuar con lo que le presenta el mundo lleno de tantos problemas.

La situación que vive nuestra sociedad es que se ha dejado llevar por nuevas ideologías, la falta de confianza en la existencia humana cuya consecuencia es una total cosificación de la humanidad frente a la vida, la falta de atribución de valor a las cosas y la ausencia de compromiso consigo mismo y con la sociedad, pues cabe señalar que también entra la frustración existencial. Es por ello por lo que Marcel nos dirá la esperanza tiene el sello existencial de la fe “Así se caracteriza lo que podemos llamar la marca ontológica de la esperanza: esperanza absoluta, inseparable de una fe también absoluta y que trasciende todo condicionamiento, y por lo mismo toda representación, sea la que sea” (Marcel, 2005, pág. 58)

En el pensamiento de Gabriel Marcel encontraremos una imagen del ser humano que presenta una suma atención a las experiencias concretas, que se detiene en la descripción de la vivencia personal, que valora la existencia y no trata de prevenir ni perderla en los conceptos. Esta investigación intenta introducir al lector en las reflexiones en torno a la reconstrucción de la dignidad humana como dimensión esencial de la existencia personal según Gabriel Marcel. Esto se mostrará desde una perspectiva antropológico existencialista en donde se profundizará la existencia humana y sus condiciones éticas.

El humano es arrojado en el mundo y vive en un mundo cruel a causa de la problemática de la pérdida del sentido de la vida digna a través de sus causas y sus efectos éticos humanistas.

Para poder cumplir el objetivo planteado en la presente indagación, se abordará en el capítulo primero la vida y obras del autor, el problema de la segunda guerra mundial en cuanto a sus antecedentes de ésta. El método de aplicación al primer apartado será el bibliográfico y analítico; en segundo momento definiremos la dignidad del hombre a lo largo de la época de la segunda guerra mundial, abordaremos como ve Marcel esta problemática, debemos tener en cuenta que este filósofo es así llamado el filósofo de la esperanza.

Se analizará, por medio de la antropología el problema en la que el hombre se ve envuelto en un mundo funcional que provoca el sentimiento de vaciedad (cosificación) en el ser humano, así mismo se descubrirá el lazo que se tiene con el misterio, ser encarnado y se descubrirá cómo es que la persona se encuentra en un estado de posibilidad y de apertura frente al misterio ontológico, vislumbrado por Gabriel Marcel, a través de su realidad.

Demostrar que la existencia personal es incomprendible sin la referencia a otro, es decir, que la mismidad no tiene ningún sentido sin la alteridad. Pero esta intencionalidad esencial del sí mismo al otro, no comporta un carácter práctico o accidental, sino que adquiere en Marcel un carácter metafísico, en tanto que la comunión constituye el ser mismo de lo personal. Al final de su vida Gabriel Marcel, llega a centrarse en su pensamiento que se dirigió con mayor intensidad hacia esa agonía y muerte del ser humano, y adoptará una forma cada vez más religiosa o cercana a la religión.

Su pensamiento es una versión diferente del humanismo a lo que otros filósofos entendían el humanismo como autosuficiencia del ser humano. Aquí se sigue el proceso para que cada individuo viva encuentre el sentido de su vida, pues al percatarse el hombre de su vida sigue siendo lo fundamental y decisivo.

Así que esta investigación se realizará con base en el método analítico sintético que nos permitirá enfocar y comprender mejor al autor tratado. Se centrará en mostrar cómo Gabriel Marcel llega a estas preocupaciones y desde un suelo nutritivo básico: la intuición o más exactamente la seguridad de la condición humana. Además, su antropología se presenta propiamente como una antropología metafísica y fenomenológica; o, mejor dicho, como un pensamiento que pretende estudiar las condiciones metafísicas y fenomenológicas de la existencia personal.

Tengamos en cuenta que la dignidad humana se denigró y no se respetó totalmente durante la segunda guerra mundial, sabemos que este problema de la cosificación de la persona se fue dando principalmente en Alemania, aunque también intervinieron otros países.

“La dignidad tiene como sujeto a la persona humana, tanto en su dimensión corporal, como en su dimensión racional, que aseguran su sociabilidad, responsabilidad y trascendencia.” (Martinez, 1996, pág. 17), no existe ni puede existir dignidad humana sin libertad, justicia, igualdad pues, además, estos valores serían indignos si no redundasen a favor de la dignidad del ser humano.

Caracterizar la concepción de dignidad humana en Gabriel Marcel: como ya hemos visto anteriormente, la dignidad de la persona es dar esperanza a la humanidad, sabiendo que, si la dignidad se pierde, no podemos tener nada más, tendríamos simplemente una sociedad cosificadora, es decir sin valores y tendiendo generalmente a objetivar o denigrar a la humanidad.

Debemos tener en cuenta que nuestro autor vivió dentro de la Segunda Guerra mundial por lo que tuvo la oportunidad de ver la masacre que este acontecimiento dejó en la humanidad.

Postular las agresiones hacia la dignidad humana por parte de la segunda guerra mundial: como todos bien sabemos, la Segunda Guerra mundial vino a traer una total deshumanización de los miembros de la sociedad, dicha deshumanización, ha trascendido incluso en nuestros tiempos.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que la Segunda Guerra Mundial no sólo dejó cosas malas, sino que también fue la pionera para la creación de una organización de los derechos humanos mundiales. pues, gracias a ésta, nuestra sociedad de hoy en día sabe que hay derechos que los amparan, pero, así mismo, hay deberes que toda persona debe cumplir ya sea, por libertad o por la obligación moral.

Determinar el proceso que nos permitirá recuperar y salvaguardar la dignidad humana, propuesto por el pensamiento de Gabriel Marcel, a través de lo que este pensador determina como una dignidad fundamentada en la virtud de la esperanza, es decir otorgar a la persona sus derechos de libertad y participación, pero, sobre todo de realizar de manera coherente sus acciones. Insisto, tengamos en cuenta que nuestra sociedad hoy en día está cayendo en una denigración de la persona.

Por tanto, nos guiaremos desde el pensamiento de Gabriel Marcel para postular una alternativa alentadora que les permita a las personas de nuestra sociedad observar que hay una vida llena de esperanza después de lo que pareciera ser el final de nuestros días.

Es dar una aportación al problema de, si el ser humano es persona o cosa, en cuanto al mundo que estamos viviendo. Teniendo en cuenta los aportes de Marcel, sabemos que nuestra sociedad, cada vez vive más sometida por las ideologías, lo que tristemente está tergiversando mucho el pensamiento de nuestra sociedad. A partir de este panorama y del interés que tengo por el tema existencial y transcendental del ser humano, escribo esta tesis retomando el pensamiento de Gabriel Marcel, rescatando la dignidad propia del ser humano. Esta investigación estará dirigida sobre la corriente existencialista, para dar una actual y renovada atención a la noción de la dignidad del ser humano.

En el contexto actual nos damos cuenta de que se han aprobado el aborto y la eutanasia por lo que es necesario poner un límite a tal denigración humana, pues, si esto no se realiza en nuestra sociedad seguirá estando igual o más cosificada de como lo está en este momento.

## CAPÍTULO I

### VIDA, OBRAS E INFLUENCIAS DEL AUTOR

#### 1.1. VIDA DE GABRIEL MARCEL: ENFRENTAR Y SUPERAR LA ADVERSIDAD (REALIDAD)

Sin duda alguna, Gabriel Marcel, ha sido uno de los filósofos que ha destacado e influido en el siglo XX. Con su pensamiento se ha convertido en uno de los principales representantes del personalismo-existencialista, sumado a su reflexión en torno al misterio del ser, su filosofía busca dar respuesta a la realidad que le rodea, y su experiencia de esta realidad resulta determinante para su forma de comprenderse como ser en existencia, su relación con el otro y al a vez con el mundo.

Es de suma importancia poder comprender la forma de pensar de nuestro autor, hacer un recorrido por sucesos específicos de su vida, que marcaron totalmente su forma de concebir a la humanidad. Por otro lado, también abordaremos sus obras, para de este modo visualizar la magnitud de su pensamiento.

París fue el lugar que vio nacer a este pensador, pero también el sitio de donde partió de este mundo, la causa de su deceso, se debió a una insuficiencia cardíaca.

Él nació el 7 de diciembre de 1889. En un ambiente de alto nivel cultural, teniendo contacto con el mundo anglicano. Todo su pensamiento filosófico es una filosofía concreta, a Marcel le interesa llegar a comprender al sujeto humano, desde su constitución como un ser dotado de carne y hueso. “La diferencia solo radica en la actitud adoptada o simulada respecto al tributo esperado” (Marcel, 2005, pág. 26)

Este filósofo cavila partiendo de su experiencia y existencia, por ello, los hechos que él ha vivido influyen de manera crucial en su forma de filosofar. “para mí solo hay problema, decía entonces, cuando me veo obligado a trabajar sobre datos que son – o, por lo menos, qué puedo hacer - exteriores a mí” (Marcel, 2005, pág. 28)

Gabriel Marcel fue hijo de una familia de origen judía convirtiéndose al protestantismo. Él era hijo único, sus padres, Henri Marcel era un hombre culto, su vida la dedicó a las funciones públicas siendo consejero de estado, pasando a ser plenipotenciario de Francia en Estocolmo, para después ser director de Bellas Artes de la Biblioteca y de los Museos Nacionales. Su padre carecía de una creencia religiosa, a pesar de haber sido educado en una institución católica, su posición ante la vida era más o menos un apego al agnosticismo, de finales del siglo XIX. Por otro lado, el pensamiento católico le parecía una plaga de supersticiones donde pensaba que un espíritu libre no debería ser atado a una creencia infantil. “No tienes la impresión de que vivimos, si a esto se le puede llamar vivir, en un mundo hecho añicos “. (Seco j. , 1990, pág. 234)

Durante su infancia, cuando él contaba con únicamente cuatro años, pierde a su mamá Laura, éste “será un acontecimiento decisivo en su vida y en su obra, a partir del cual, su memoria irá tomando formas distintas” (Marcel, 2005, pág. 9).

Henry Marcel llega a contraer matrimonio con la hermana de la difunta, Marguerite Meyer este hecho, es como un medio que ayuda a compensar la ausencia de su madre.

Tras la muerte de su madre, Gabriel, experimenta un acontecimiento que lo acompañará el resto de su existencia. Pues, estando aún pequeño, siente misteriosamente la presencia de su madre, este hecho es decisivo en su vida, porque le permitirá preparar el camino hacia su reflexión, a partir de esto, sus obras, alcanzaran una lucidez notable, entre lo visible y lo invisible. Con base en la ausencia de su madre, Marcel expondrá cómo es que ella, llegó a ser el motor de toda su reflexión filosófica, logrando comprender de mejor modo la parte humana de la persona y al mismo tiempo el sentido de la muerte. “En el fondo, pensar con claridad todo esto es terriblemente difícil” (Marcel, 1935, pág. 29)

Por otro lado, su tía era una mujer que Marcel admiraba y consideraba que tenía una deuda con ella. Su tía era de una familia de origen judío, y por esto, estaba alejada de alguna otra creencia, sin embargo, se convierten al protestantismo. Debido a ello, su madrastra tenía una perspectiva muy rigurosa con respecto al sentido moral de la vida, acompañada con un enfoque pesimista propio de los inicios del siglo XX.

“mi familia se ira alegando de mí, aun estando tan próximo, tan yo mismo cómo es posible” (Marcel, 2005, pág. 32)

Por otra parte, Marcel tiende a reconocer un desordenado agnosticismo religioso, siendo éste, un signo decorativo para su padre y ético para su tía. A pesar, que él tuvo su conversión tardía al catolicismo, constantemente tuvo un espíritu de apertura a la religión católica.” Cada vez me llama más la atención la distinción entre los dos modos de separación: el uno es el del espectador, el otro el del santo” (Marcel, 1935, pág. 49)

Su infancia se vio marcada por una relación distante y fría con su padre, pero, por otro lado, tuvo una sobreprotección por parte de su tía. Él carecía de más hermanos y esto lo llevó a que tuviera el gusto por el drama, esto le facilitó impulso para crear seres imaginarios. Para Marcel, el drama es de alguna manera la expresión de toda vida humana, que conduce a los sujetos a un diálogo vivo basado en una situación concreta.

El drama que desarrolla dentro de sus obras está influenciado por el gusto de su padre por el teatro, sin embargo, existen otros elementos que intervienen dentro de sus escritos, como son, los distintos temperamentos y modos de ser de las personas con las que convive dentro de su ámbito familiar. También la música y la tragedia son medios que le permiten a Marcel desarrollar su filosofía.” Creo que, en el fondo, una y otra, han hecho sentir su presencia en mis incursiones por el campo de la filosofía y el teatro ” (Seco j. , 1990, pág. 70)

En el colegio de Liceo se preparó y destacó como un alumno brillante, pero no se sentía tan a gusto, debido a que, en su ámbito escolar había un clima de competencia entre sus compañeros. Por otro lado, en su hogar se poseía una exigencia desmedida por sus calificaciones. Marcel tenía cierta dificultad a la hora de elaborar sus tareas, esto lo llevaba a confundir, su valor personal, con su éxito escolar, siendo para él, esta época de su existencia, una etapa detestable.

Cuando experimentó, su primera clase de filosofía supo a lo que se iba a dedicar, de tal manera, que logró obtener reconocimientos gracias al desempeño que mostraba en los trabajos que realizaba en el campo filosófico.

Realizó estudios correspondientes a la filosofía, en la Sorbona, en donde se dio a la tarea de tratar de comprender la naturaleza humana. No obstante, se encontró con las posturas neokantianas y neoidealistas, mismas que no lograron dar respuesta a los anhelos que tenía. Sin embargo, tuvo la oportunidad de ingresar a un colegio en Francia, dentro del cual, ingresó a unos cursos que impartía Henry Bergson, este pensador, lo influenció y por medio de su forma de hacer filosofía, le permitió entender el proceso de la persona para poder acceder a lo concreto. “13 estamos en camino hacia un objetivo que juntos vemos; y cuando este objetivo aparece o desaparece, es señal de que estamos caminando” (Marcel, 2005, pág. 50)

También, nuestro filósofo francés, “recibió influjos de Samuel Taylor Coleridge, Francis Herbert Bradley representantes del idealismo”. (Gabás, 2011, pág. 394). Debido a estos influjos filosóficos, pudo comprender el gran riesgo que representan las posturas epistemológicas idealistas, en cuanto a lo referente a la metafísica y, sobre todo, cuando ésta se desliza al estudio del misterio ontológico.

El pensamiento de Gabriel Marcel se encuentra dirigido al estudio de los elementos que conforman la realidad, mismos que no se logran captar mediante el conocimiento objetivo.

Otros filósofos con los que hubo un acercamiento, por parte de Marcel, fueron los angloamericanos como Hacking, Bradley y Royce, en virtud de esta relación obtuvo el apoyo para su filosofía y gracias a esto, Marcel haría una diplomatura en filosofía, lo que le permitiría, realizar un trabajo en 1908 titulado, Las ideas metafísicas de Coleridge sus relaciones con la filosofía de Schelling, publicado posteriormente en 1971 como Coleridge y Schelling. “En realidad Ser es ser en camino... bajo la influencia de Schelling” (Marcel, 2005, pág. 52)

Para Marcel, el pensamiento de Schelling era como una luz que le permitiría encaminar su propia filosofía. Sin embargo “16 llega a confesar que su filosofía es vecina a la de Jaspers, Heidegger y Buber” (Marcel, 2005, pág. 10).

En 1909 Marcel logró conseguir una licenciatura y al siguiente año la agregación en Francia y esto lo posibilitaba para ejercer una docencia dentro de la enseñanza media, como profesión a corto plazo, él pensaba que la filosofía tenía una trascendencia en lo referente a la cuestión académica, porque apreciaba una relación entre el alumnado y el profesor.

Tras la experiencia obtenida y vivida a partir de la primera Guerra Mundial, lo condujo hacia una postura filosófica más enfocada en aspecto existencial del ser humano, pues el efecto, vivido y padecido por él en esta época, le mostró un drama humano desencarnado, esto lo llevó a alejarse de otras reflexiones y lo guio a la búsqueda de un acceso filosófico que le diera claridad a su pensamiento. Empero, las categorías idealistas siempre estuvieron presentes dentro de su reflexión tal como lo muestra en una de sus obras, como lo hace, en la primera parte de su Diario Metafísico.

En la primera parte de dicha obra, realiza el análisis del acto de fe, mismo que lo lleva a un discernimiento, en el que tal acto personal de un sujeto individual y concreto no puede reducirse a meras características objetivas, ni tampoco se debe confundir a un yo empírico, como se podría entender dentro de la filosofía Kantiana." Este yo aquí presente, trataron como centro de comunicación, cual no se deja reducir a un contenido especificable como sería. Mi cuerpo, mis manos, mi cerebro; es una presencia global" (Marcel, 2005, pág. 26)

A pesar de que el filósofo francés, no tuvo la oportunidad de participar en la guerra como combatiente debido a su estado de salud, fue gracias a un amigo que tenía llamado Xavier León que logró conseguir un trabajo en la Cruz Roja, ahí tenía como fin realizar la búsqueda de los desaparecidos de la guerra. Esta experiencia llevó a Marcel a sentir un horror en medio del dolor de las familias, sintiéndose sólo un simple espectador.

El horror que sentía fue como el medio para llegar a comprender lo concreto y lo dramático de la vida misma, dejando de lado la concepción de la filosofía en cuanto a lo abstracto, pues, él sabía que ésta era insuficiente, si se deseaba llevarla al sufrimiento de las personas, y en este aspecto, él resultaba el testigo principal.

En este lapso, Marcel también experimenta la metapsíquica, experiencia que está dentro de su campo reflexivo donde considera que es de suma importancia para un discernimiento en el plano que trasciende la visión del mundo como algo totalmente natural. “La salvación no puede no ser pensada como vinculada, directamente o no, a cierta voluntad (que, de otro lado, puede no ser la del ser que trata de salvarse” (Marcel, 1935, pág. 76)

En 1919 Gabriel Marcel se casó con Jacqueline Boegner quien era una mujer dulce, servicial e inteligente, ella estudió música y era de una familia protestante numerosa pero unida. La convivencia con su esposa lo llevó a que profundizará más en el ámbito de la música, y con esta experiencia relata que se le abrió la puerta a lo suprasensible. De este modo, pudo tener la oportunidad de enlazar profundos lazos de amor con la familia de su esposa, lazos que no experimentó a lado de su propia familia, debido a que, tras el casamiento de su padre con su tía, la convivencia era pura formalidad y, por lo tanto, carente de una expresión genuina de amor. A partir de esto, Marcel experimento y llegó a amar profunda y tiernamente a su mujer.

En 1929 se convirtió al catolicismo gracias a los amigos que él tenía como Charles Du Boss, François Mauriac, pero Marcel reconoce que desde mucho antes, él tenía desde lo más profundo de su ser y de su pensamiento la parte católica, otras de las circunstancias que lo guiaron a su conversión, fue una de sus madrinas, la hermana de su mamá. Años después se dedicó a la crítica literaria y a la música para algunas revistas y consiguió trabajar en la editorial Plon, pero sólo logró laborar ahí, hasta que se desató la segunda guerra mundial, porque de alguna manera este hecho lo impacto y llegó a marcar el pensamiento de Marcel. En 1947 cuando logra estar en pleno apogeo y al reconocerse su filosofía se presenta la pérdida de su esposa, con ello pasa el resto de su vida estando en viajes y presentándose en conferencias por el mundo, muere en París en el año de 1973.

El pensamiento de Gabriel Marcel ha ocupado un lugar importante en las reflexiones posteriores a su muerte, su cavilación filosófica puede ser descrita como una exploración circular, que no va en una línea recta, sino que por el contrario es dar un avance y a la vez retroceder y deslumbrar una nueva luz en alguna de sus meditaciones.

La grandeza del pensamiento de este autor reside en la insatisfacción por su propio pensamiento, es por eso por lo que sus reflexiones siempre son activas, lo que él denomina pensamiento pensante. “En referencia al otro es fundamental pero cómoda la forma de imperativo..., no hay que dudar en decir que la experiencia de la propiedad inmediatamente afirmado es para nuestro propósito una de las más significativas que existen” (Marcel, 2005, pág. 55)

La mayoría de sus obras están escritas en forma de diarios o ensayos, debido al rechazo que sentía hacia la sistematización. Su estilo dentro de sus escritos estribaba en la utilización del diálogo, le entusiasmaba, que sus obras fueran leídas en las ponencias presentándolas de cara a cara hacia el público.

Lo más importante y preocupante para Marcel, es la vida del hombre, principalmente en lo que se refiere a lo trágico y concreto, sobre todo cuando su pensamiento se aleja del idealismo y se acerca al realismo.

Por otra parte, el camino filosófico de este autor se puede considerar en tres etapas, la primera está relacionada con su formación dentro de un ambiente idealista, la segunda, cuando abandona al idealismo y la tercera cuando realiza un acercamiento al realismo y éste lo conduce al encuentro con el desarrollo de su pensamiento, que él mismo llamó filosofía concreta. “Es decir se opone a la interpretación de la conexión del hombre con su entorno como relación entre un sujeto y un objeto” (Gabás, 2011, pág. 396).

Gabriel Marcel ha reprochado a la filosofía oficial el hecho de despreocuparse de las situaciones cotidianas de la vida del hombre y por ello se debe hacer una investigación del ente en cuanto ente en cuanto esta cuestión, resulta más próxima al propio ente como real y en situación. “El hombre fruto de la evolución, ya no puede evitar su soledad arrastrándose para buscar refugio en los brazos de una figura materna divinizada que el mismo creó” (Huxley, 1990, pág. 30)

Para nuestro autor, la filosofía no debe despegarse de las realidades y de las experiencias, sino que por el contrario se debe penetrar en ellas para poder reconocer el peso ontológico de las mismas.

Marcel considera de suma importancia esta restitución de la importancia del ser en situación, sobre todo en nuestros tiempos, donde se ha llegado a olvidar la realeza y la sacralidad de toda realidad humana y de todo aquello que la engloba.

En la filosofía de este pensador, se destacan tres formas o niveles para concebir el núcleo Marcelino, en cuanto a lo referente a la participación del hombre en el ser; primeramente, el hombre como ser encarnado, segundo, las relaciones intersubjetivas y por último la apertura del hombre hacia lo trascendente, siendo el núcleo de todo esto, el hombre en tanto que se religa a algo pero que no es él mismo, sino que en él se constituye. A través de este hecho de la centralidad del hombre se puede desplegar una antropología en cuanto a las reflexiones marcelianas. “Confieso que no veo de ninguna manera como un ser para que no hubiera ni aquí ni ahora podría manifestarse además como yo” (Marcel, 2005, pág. 28)

Sin embargo, el pensamiento de Gabriel Marcel tiene un tinte metafísico y en este sentido se llega a pensar que su entrada al existencialismo imposibilita una correcta interpretación del pensamiento filosófico de este autor.

Si bien es cierto el existencial de toda su reflexión, está basada en la inspiración profunda de su pensamiento buscada en el espiritualismo siguiendo la línea de René Descartes, Nicolás Malebranche, Henri Bergson, Maurice Blondel, su contemporáneo Louis Lavelle, raíces en Platón y en San Agustín.

La clave para entender la filosofía de Marcel es la noción de la participación. En su reflexión concibe una diferencia entre problema y misterio. Como lo veremos en el siguiente fragmento.

En el primero llega a distinguir entre el sujeto y el objeto y cuya característica queda delante del sujeto. Por otro lado, el misterio llega a verlo en que el yo está inmerso y comprometido, donde queda abolido la parte entre el yo y lo otro (Xirau, 2000, pág. 454).

Esta situación de ruptura de este mundo moderno sólo puede afrontarse si vemos el mundo como misterio y no como problema. Un problema puede resolverse siempre mediante la razón; un misterio se da, sin resolverse, se nos ofrece en lo que hay en nosotros, de lo más hondo y es el sentido verdadero del hombre y de su mundo.

Por lo tanto, para él, el conocimiento implica al propio ser, en su interior, con esto se constituye a su vez un misterio en donde la metafísica se habría de reconocer. En su fenomenología del misterio del ser, para Marcel, “el hombre es una existencia encarnada”. (Gabás, 2011, pág. 3).

Por otro lado, Describió en sus manifestaciones fundamentales sobre la fe, fidelidad, el amor, caridad y esperanza, y entra directamente en contra posición en aquella época con el planteamiento posesivo y utilitarista que da término a tener. La lucha que se tiene entre el espíritu de tenerlo se hace una construcción y una posibilidad a la revelación, al misterio del ser.

El pensamiento que llega a desarrollar sobre la existencia encarnada muestra una verdadera distinción entre ser y tener. Él piensa que en el tener, hay una gran distancia, misma que se observa cuando se está frente al objeto y también con el otro. Sin embargo, la corporalidad es caracterizada como ser y como consecuencia se llega a descubrir la dimensión del misterio, en donde el ser se ve envuelto en la existencia, de esta manera se da una diferencia entre la distancia y el establecimiento de la relación entre el sujeto y el objeto.

Por otro lado, en su reflexión acerca del recogimiento, considerado como algo participativo, llega a expresar que el misterio participa del ser y lo ve fundamentado en el recuerdo. “Lo que encontramos siempre en la base es la complacencia en sí mismo” (Marcel, 2005, pág. 58)

También, en el momento en que llega a utilizar el término participar, le sirve como medio para comprender, la relación que hay entre los hombres, esto es, una participación en el ser y en Dios. Pero al mismo tiempo, entendiéndolo como la libertad, en cuanto que Marcel lo entiende como “la respuesta a una llamada que llega de fuera, y que en definitiva procede del yo divino” (Gabás, 2011, pág. 368).

La época en que vivió Marcel, le permitió vivir una experiencia que lo condujo hacia la forma en que elaboraría su pensamiento filosófico, porque vio y sintió un dolor en medio del drama de la existencia humana. Argumento esencial, que postularía en sus dramas teatrales, lo cual lo llevaría, al éxito como dramaturgo, principalmente después de la segunda guerra mundial.

Él era un filósofo que de alguna manera argumentaba que su filosofía, pertenecía en cierto sentido a la propuesta personalista, aunque en realidad su pensamiento se apegaba más a la corriente existencialista. Ahí, él defiende este aspecto central del hombre. Cabe mencionar que más allá de ser un filósofo clasificado como existencialista, Marcel, también es considerado como personalista, por el hecho de exaltar el gran valor que representa la realidad personal de los seres humanos. “Es el profundizamiento en cierta situación metafísica fundamental de la que no basta decir que es mía, puesto que consiste esencialmente en ser yo” (Marcel, 1935, pág. 98)

Gabriel Marcel tiene como clave, las vivencias experimentadas durante la primera y segunda guerra mundial. Tiempo en el que pudo apreciar y testificar la gran necesidad que posee el hombre de comprenderse y entender a los demás, es decir, como verdaderos seres humanos y no como un ser pensante, a la manera que lo expreso Descartes. De ahí, el rechazo que sentía por la abstracción y racionalización de la misma persona. Él consideraba que la abstracción y lo sistemático representaban la esterilidad del idealismo.

De tal forma, que tuvo la capacidad para desarrollar un pensamiento que le permitiera liberarse de las ataduras sistemáticas de la filosofía, sobre todo la de algunos de sus predecesores, así, su pensamiento se enfocó en la búsqueda del sentido de la existencia humana, por todos los medios que le fuese posible. “La esperanza se sitúa en el marco de la prueba para que no solo corresponda, sino que es una verdadera respuesta del ser”. (Marcel, 2005, pág. 42)

Las cualidades que tenía le facilitaron su desenvolvimiento dentro del ámbito del arte, la música y la literatura. Sus obras de teatro siempre apelaban por un sentido de búsqueda, mismo que pretendía encontrar en la relación del hombre con las situaciones que le acontecían. Bajo este aspecto, comprendió que el ser humano era un homo Viator,

un ser peregrino, que tiende a un camino sin límites. La reflexión filosófica de Marcel siempre estará dirigida hacia la aproximación de la persona con su ser, entendido éste, siempre en consonancia con la existencia humana, y las diversas experiencias de vida. De tal modo, que su filosofía será una aproximación que “va más allá del racionalismo abstracto de Descartes” (Pereira, 2020, pág. 133). Por eso, el sentido de la vida radica en el hecho de asumir la condición de la propia realidad, por lo que, el ser humano con base en su realidad existencial debe actuar y aceptar su propia vida, porque es lo que le toca vivir, pues, éste es su ser existente.

Su filosofía tiene como objetivo dar a un sentido a las diversas situaciones que se van presentando en la vida diaria, así las personas, podrán tratar de entender su existencia y del mismo modo la irán asumiendo. Marcel dentro de su reflexión filosófica, colocaba como eje principal, la situación de cada persona, por ser las situaciones y su análisis, lo único que le permitirá al hombre tratar de entenderse a sí mismo, y por eso, su pensamiento está dirigido hacia sus propias situaciones personales, reflexionándolas desde su vida misma, enfrentando sus grandes dificultades y complejidades de su propia existencia. “Entreveo todo un conjunto de ideas difíciles de descifrar: una madeja” (Marcel, 1964, pág. 89).

## **1.2. Sus principales obras**

En su primera obra, *Diario metafísico 1927*, Gabriel Marcel desarrolla una filosofía de lo concreto, dentro de ella, comprende al ser humano como una encarnación dentro de un cuerpo, además de estar cargado de historicidad, estos elementos antropológicos, condicionan la esencia de la persona y le ayudan a constituir su realidad.

La encarnación para Marcel está situada de alguna manera en el ser que se presenta como algo ligado a un cuerpo. Cuando nuestro autor utiliza la palabra encarnación, considera que es la manera más adecuada para designar la situación o realidad de un ser que está ligado esencialmente y no accidentalmente al cuerpo. “El hombre será una esencia” (Marcel, 1956, pág. 48).

La encarnación que presenta Marcel en su pensamiento es como una clave interpretativa de toda su filosofía, por otro lado, hace notar que la encarnación supera en forma categórica el dualismo de sujeto – objeto, donde la encarnación es el fundamento de la participación. “En este mismo sentido, se llega a incluir como apéndice, la existencia y objetividad publicado en 1925” (Montoya, 1965, pág. 90).

En 1933 se publica la obra *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*, esta obra va de la mano con la obra de teatro llamada, *El mundo quebrado*, con ella, consolida el manifiesto de la filosofía Marceliana. *Ser y tener* 1935, en esta obra al hombre se le abre una posibilidad para que pueda vivir y asumir su propia vida ante los diferentes ámbitos y retos que se le pueden presentar, sobre todo en lo referente al dominio y la posesión del tener, en el cual se encuentra inmerso el ser. A partir de aquí, la persona tiende a una trascendencia que la conduce a una apertura hacia el ser, comprendido como un misterio. “Si fuera absolutamente sincero debería esforzarme por someternos a un examen frecuentemente renovado” (Marcel, 2005, pág. 88).

En 1959 se publica *Presencia e inmortalidad*. Estas obras son llamadas diarios de Marcel, porque son anotaciones que con el tiempo él llegó a hacer, pero en distintas fechas teniendo en cada anotación su propio carácter filosófico.

*Filosofía concreta* publicada en 1940 y *Homo Viator* publicado en 1944, en esta obra Gabriel Marcel responde al ser y al obrar, considera que el ser humano tiene un camino, la peregrinación, por medio de la cual, se ve revelado el único medio de responder a las distintas interrogantes que todo humano se va planteando a lo largo de la existencia como, por ejemplo; la familia, el otro, los valores, la inmortalidad y la experiencia del espíritu. Estos temas, revelan la afirmación fundamental del valor sagrado de la vida y la reivindicación de la esperanza.

Otra de las obras de Gabriel Marcel, es *El misterio del ser*, que fue publicada en 1951. Ahí, realiza una recopilación de algunas conferencias que fueron dictadas en el Aberdeen Collage conocidas en la primavera de los años 1949 y 1950. En esta obra se puede encontrar la totalidad de la problemática Marceliana. “Contrariamente a lo que se pudo haber pensado, mi estar presente a mí mismo no es un dato que se dé por descontado” (Marcel, 2005, pág. 91).

En la obra nombrada *Los hombres contra lo humano* 1951, expresa sus preocupaciones con respecto a la tendencia y para ello, analiza a la humanidad angustiada en un proceso de destrucción de su propia humanidad, se percata de ciertos actos de temor y de los grandes crímenes que él percibía a su alrededor, sin embargo, Marcel denuncia el espíritu de abstracción que rige a un proceso de reducción y también de las técnicas de envilecimiento, con ello se da cuenta del poco respeto que se percibe hacia las personas y de la excesiva búsqueda por lograr el control de la humanidad completa. Esta obra resalta con lucidez el repudio por la desesperanza. Dentro de esta obra Marcel se pregunta ¿Qué es un hombre libre? Su estudio evidencia que hay un hombre agonizante.

“Decir que el hombre agoniza únicamente, no significa que se encuentra ante un acontecimiento exterior, que podría posibilitar la aniquilación de nuestro planeta, que podría ser el resultado de un cataclismo sideral” (Marcel, 2001, pág. 27). Es más bien traer a la memoria acontecimientos que pueden darse como aniquilación en donde el hombre se ve aniquilado tras hacer el uso de armas nucleares y privarse de su propia libertad.

Al mismo tiempo, en esta obra se observa que la época actual, se caracteriza por un rechazo al valor humano, mismo que se nota con el despliegue constante que realiza el espíritu de abstracción de ese tiempo, es por este mismo espíritu abstractivo, que la filosofía de Marcel no deja de ser cuestionada y atacada. “El hombre en trascendencia será siempre el objeto de estudio” (Marcel, 2019, pág. 120).

Marcel entiende la abstracción, primeramente, como una operación de la mente, ya que, es indispensable para alcanzar un bien determinado. Abstraer, posee un carácter racional.

Ahora bien, el espíritu de abstracción es el sometimiento del pensamiento a un reduccionismo, cuyo espíritu se llega a endurecer o se esteriliza. Este filósofo tiene una atención aguda sobre los acontecimientos que se dan con la humanidad y el mundo entero.

La esperanza para Marcel es:

Esencialmente la disponibilidad de un alma tan profundamente comprometida en una experiencia de comunión como para llevar a cabo el acto que trasciende la oposición entre el querer y el conocer, mediante el cual afirma la perennidad viviente de esta experiencia, la cual, le ofrece, a la vez, la prenda y las primicias. (Marcel, 2005, pág. 20)

La investigación filosófica de Marcel está apuntalada en el ser, en la exigencia ontológica, es con base en ella, que se construye todo su pensamiento. El autor afirma que al ser no se le puede ver como algo objetivo, una realidad sin vida, un espectáculo o externo que puede pertenecer en cierto modo al ámbito del “problema”. Y en efecto, el hombre puede llegar a objetivar todo aquello que pueda determinar su propia subjetividad, dominando y transformando, pero para el hombre el problema es que su dominio está sobre las cosas. Sin embargo, el “problema”, en su reflexión, lo hace notar como un misterio, en donde el yo, queda en cierto sentido como involucrado y comprometido. En este sentido el hombre debe tener una intuición hacia una trascendencia de la propia existencia con la que se encuentra y se vincula.

“No tengo derecho a contraer un compromiso que me será materialmente imposible cumplir o más bien, si yo fuera absolutamente sincero, tendría que saber que no lo podré observar” (Marcel, 1935, pág. 44)

Dentro de su obra aproximación al misterio del Ser, Gabriel Marcel manifiesta que la vida de todo ser humano lleva una serie de preguntas pero que al mismo tiempo tiene un carácter de pensamiento experimental, que de algún modo se ve reflejado en las crisis existenciales, como por ejemplo el desamor, la falta de comprensión, el sufrimiento, la desesperación, el vacío de toda persona y como tal, la resignación ante la muerte del otro sujeto.

“El individuo ha sido inducido a tratarse a sí mismo, cada vez más, como una suma de funciones cuya jerarquía se le aparece además problemática y, en todo caso, sujeta a las interpretaciones más contradictorias” (Marcel, 1967, pág. 24).

El hombre actual está sumergido en un mundo funcional, tal como lo piensa Marcel, en donde realmente el ser se encuentra envuelto en lo cotidiano de la vida y de su propia existencia, motivo por el cual, se pierde el sentido de la razón en cuanto a la verdad que le es revelada en un modo ontológico.

Para el filósofo francés, la persona debe realizar una distinción entre lo que acontece entre el misterio y lo problemático. Así, el problema es una manera de ver la realidad como un impedimento, que provoca una obstaculización en medio del misterio y que, por lo tanto, el ser no se encuentra dentro de la misma, es decir, el hombre se ve imposibilitado, debido a las diversas problemáticas que lo envuelven, pero al mismo tiempo no está ante la esencia del misterio.” Hay, pues, un juicio cuya importancia es fundamental y que está en el origen del compromiso, lo cual no excluye en ningún modo la toma ejercida por una realidad” (Marcel, 1935, pág. 102)

La filosofía de Marcel está dirigida hacia el sentido de la exigencia ontológica y por ello se cuestiona “¿quién soy yo, que me pregunto sobre el ser?” (Marcel, 1967, pág. 33) .

Sin embargo, dentro de la pregunta por el ser, también hay otro punto de reflexión filosófica, porque indaga la vinculación, que el ser tiene con la parte corpórea humana y el misterio espiritual de todo hombre y por ello Marcel pone su reflexión en este tema corporal. “para Marcel, son tres los datos inmediatos de mi existencia subjetiva como persona: “la existencia; la conciencia de sí como existente; la conciencia de sí ligada a un cuerpo.” (Xirau, 2000, pág. 454).

### **1.3 Influencias Filosóficas**

Dentro del campo filosófico, Gabriel Marcel tuvo cercamiento con los filósofos Karl Jaspers, Martin Heidegger y con Albert Camus, pues, compartían el mismo hilo conductor, este era, su preocupación por la existencia. No obstante, es necesario aclarar que el término existencialismo, fue utilizado por primera vez por el filósofo francés Jean Paul Sartre, quien lo adoptó y desarrolló dentro de su filosofía.

La propuesta filosófica sartreana, postulaba una distinción esencial, entre esencia y existencia, Sartre afirmaba que la existencia precedía a la esencia, es decir, que

primero se existe y después se sabe cómo y de qué modo se es. Esto es, primero es el existir y luego el ser, o más propiamente el modo de ser. “Si esto es así, habrá que decir que la persona no podría ser asimilada de ninguna manera a un objeto del cual podemos decir que está ahí” (Marcel, 2005, pág. 108).

Con esto, el filósofo Sartre explica que no hay naturaleza humana que determine a los individuos, sino que los actos son quienes determinan a la persona, en cuanto a quién es y al mismo tiempo cómo conducir la vida personal. Como alternativa al existencialismo de Sartre, “El pensamiento de Marcel tuvo especial repercusión entre 1950 y 1970, como respuesta al existencialismo de Sartre”. (Gabás, 2011, pág. 394).

Gabriel Marcel cobró gran importancia para las propuestas personalistas de los filósofos Paul Louis Landsberg, Emmanuel Mounier y también en la filosofía de Emmanuel Levinas. Por otro lado, él denota grandes semejanzas con la filosofía dialógica de Martin Buber. Por ejemplo, los temas como el compromiso, la corporalidad y la relación con el otro.

#### **1.4 Contextualización de su época**

“Adoptar ante la realidad una actitud de participación personal a través de las experiencias básicas más humanas como el amor, la fidelidad, la esperanza.” (Marcel, 2019, pág. 129) Para Marcel son vitales estas actitudes, porque es a partir de las vivencias, que él experimentó dentro del desarrollo de la Segunda Guerra mundial, que logró compenetrarse como ser humano y busco el acercamiento entre el yo y su situación. Son las vivencias que le tocaron sufrir en carne propia, las que alentaron el espíritu marceliano a la reflexión en torno al sentido de la existencia y su apertura al misterio del ser. Por ejemplo; las persecuciones masivas hacia los judíos.

Pero, también debemos tener en cuenta que siempre fue valiente, tanto que se atrevió a enfrentar al más grande existencialista ateo de su época, como lo fue Sartre. Como se puede apreciar en el siguiente texto:

Gabriel Marcel (1889-1973) fue un filósofo y dramaturgo francés de origen judío, perteneciente a la corriente del existencialismo. Contemporáneo de Sartre, quien fue

conocido por ser promotor de un ateísmo atroz, que no sólo negaba la existencia de Dios, sino que hacía de cada prójimo un enemigo, a modo de infierno.

Frente a ello, Marcel fue capaz de trascender las dificultades de su época y, sin hacer caso omiso de ellas, afrontarlas desde una perspectiva muy diferente. Su capacidad de sobreponerse a sí mismo y a la formación recibida le dio la posibilidad de generar un pensamiento liberado de las cadenas de la filosofía sistemática de sus predecesores y, con ese mismo espíritu, lanzarse en una búsqueda de la existencia humana desde sus posibilidades, no únicamente desde las dificultades.

Sin duda alguna, lo ayudó en esto su pasión por el arte, la música y la literatura, al plasmar en sus obras de teatro las interrogantes más profundas del ser humano de su época. Las inseguridades, los miedos y los sufrimientos se perciben a flor de piel en sus obras; pero siempre en un clima de una búsqueda de algo que se sobreponga a dichas situaciones. Su misma vida está atravesada por este espíritu aventurero, por ello afirmaba que el humano es un homo Viator, un ser peregrino, siempre en camino, nunca acabado, sin límites.

Este es el motivo de que su filosofía vaya más allá del racionalismo abstracto de Descartes, ampliando la existencia a la posibilidad de conocerse y conocer desde la existencia de los demás seres humanos con quienes convive. No encontrará otro camino para el conocimiento filosófico que el que parte de la vida, con todas sus situaciones, desde las más comunes de la cotidianidad, hasta las más extremas como la búsqueda de felicidad o la muerte.

La vocación filosófica de Marcel nace temprano, con la muerte de su madre; la cual, ya desde su infancia, comenzará a provocar su investigación. Al proceder filosófico de Marcel se le puede denominar de un cariz socrático: comienza por preguntas que exigen respuestas, pero que luego le devuelven preguntas. Aunque pareciera un continuo discurrir de un pensamiento hablante, el método de Marcel sostiene un hilo conductor con una gran coherencia interna de nociones que nacen en su juventud. Su dedicación a la filosofía concreta busca llevar paz a las situaciones de desesperación que atraviesan las mujeres y hombres de su época. De ahí que también hará un llamado

a los filósofos a meterse dentro de la realidad para, desde ella, lograr lo que él llamó una intuición reflexiva.

Pensar, para Marcel, es “pensar en situación; y el filósofo es un ser más que busca entenderse para entender, por eso debe reflexionar desde la misma vida, desde las complejidades de la existencia” (Rios, 2020, pág. 76).

### **1.5 Vigencia de su pensamiento**

“Entiende el ser como presencia, como un estar presente y comparecer; la presencia sólo puede darse en un estar presente junto con otro” (Gabás, 2011, pág. 398). Es así como Gabriel Marcel entiende a la persona, Cabe mencionar que su pensamiento llega hasta nosotros a través de los diversos filósofos que no lo vean y recordando durante esas épocas que van pasando debemos tener en cuenta qué como nos decía Gabriel Marcel la persona debe comparecer y estar presente junto con el otro, ya que, sí no están juntos no podemos decir que pueda comparecer.

Es importante saber, que este autor se sigue estudiando, pues en la actualidad la sociedad está cada vez más cosificada, se le escapa o difumina el sentido de trascendencia. Por eso, el pensamiento de Marcel se vislumbra como una alternativa ante tal situación, debido que se percibe la necesidad que tiene la sociedad en torno a la esperanza, una esperanza que nos arroja hacia una trascendencia ante el inevitable hecho del morir, mostrándonos que la muerte no es lo último que le espera al ser humano. Pero, que esa trascendencia únicamente la vamos a obtener mediante nuestro bien vivir. “El amor — o el respeto— a la verdad relacionado con la fidelidad”, (Marcel, 1935, pág. 83).

Por otro lado, Marcel ha trascendido no únicamente por ser el filósofo de la esperanza, sino también por darnos esa manufactura de pensamiento, afirmando que la vida es lo mejor que puede haber, porque durante este período podemos experimentar los más bellos valores, por ejemplo, amor, respeto, honestidad y humildad. Debemos tener en cuenta que a nuestro autor no lo podemos delimitar únicamente el existencialismo, sino que también lo vemos en el personalismo, ya que, es fuente de inspiración de grandes personalistas como lo es Emmanuel Mounnier, sabemos que este autor es el padre del personalismo moderno, y para que esto se pudiera dar, la filosofía

de Marcel fue parte fundamental como uno de los principales influyentes de esta corriente.

## CAPÍTULO II

### EL SER HUMANO COMO SUJETO DE EXISTENCIA, LIBERTAD Y CON SENTIDO DE TRASCENDENCIA

#### 2.1. Punto de partida y gestión del existencialismo

Todas las personas en algún momento de nuestras vidas, “hemos sido tentadas por la aparente presencia del absurdo en nuestras existencias” (Heidegger, 1927, pág. 220), el sabernos seres que, en apariencia, somos y nos sentimos libres, nos hace experimentar, que a pesar de no poseer la totalidad de respuestas que surgen en nuestro interior, tenemos la capacidad volitiva de ejercer nuestras decisiones.

Es decir, la libertad nos coloca en un parteaguas dentro de la vida cotidiana, si somos verdaderamente sujetos en libertad y con goce de voluntad en nuestras decisiones, porque al final de nuestra historia tenemos que morir, más aún, porqué tenemos que sufrir, cuál es el sentido del propio sufrimiento y el destino último de nosotros como seres finitos, esto es, coexiste algo más después del hecho de morir, porqué existimos, cómo llegamos aquí, es la muerte la aniquilación del ser y por ende la fundamentación de lo absurdo de la existencia. Finalmente, qué es la existencia y cómo se puede comprender.

Primeramente, se ha de señalar que la existencia es algo constitutivo del hombre que filosofa, para ello el único sujeto que filosofa es el hombre, es algo exclusivo de este mismo. Además, la existencia es un modo de ser finito, en una posibilidad, un “poder ser”. La existencia, justamente, no es una esencia, sino más bien es algo dado por la naturaleza o de una realidad predeterminada e inmodificable. Por ejemplo, en las cosas de nuestro alrededor y en los animales son y continúan siendo lo que son.” No quiero naturalmente decir que yo estoy seguro o yo dudo entre que inevitablemente esta toma de postura tan acentuada” (Marcel, 2005, pág. 110).

En el caso del ser humano, es todo lo contrario, porque al ser un sujeto con libertad, será aquello que haya decidido ser. El modo de ser de su existencia es un “poder ser, en sí como en el otro” (Marcel, 1964, pág. 119), es de cierta manera un salir fuera.

La existencia es un poder ser, por ello el sujeto se encuentra ante una incertidumbre, problematicidad, riesgo, decisión y un empuje que lo conduce hacia adelante. “Todo lo que puedo hacer es observar, que no puedo abandonarlo” (Marcel, 1935, pág. 132).

En este sentido el hombre se pregunta por su propia vida y su existencia, pero entre estas dos palabras, existe una gran diferencia, vivir remite al ser humano a su aspecto biológico, como ser viviente, que de suyo es, y esto mismo lo puede hacer un perro o un gato, obviamente, porque ambos ejercen la función de la vida. No obstante, existir es otra cosa, debido a que existir es algo propiamente del humano, porque sólo existiendo es como se comprende una esencia, con decisiones libres. “El yo, conlleva muy a menudo y casi invariablemente una referencia a otro, sentido o concebido como adversario o como testigo”. (Marcel, 2005, pág. 150).

Esto desliza la cuestión hacia un mundo que sólo el ser libre puede experimentar, esto es, la persona que existe, y padece la existencia, no sólo goza, sino que vive sumergido en la angustia, de no saber qué hacer o de qué manera puede enfrentar su realidad, es un hombre que vive la crisis desde dentro, y es a partir de ahí que surgen las diversas formas de interpretación que abordan el problema de la existencia humana, dando paso a la enorme diversidad de postulados existencialistas.

Empero, el existencialismo de Gabriel Marcel, se debe entender desde la apreciación que él mismo manifiesta entorno a este asunto, porque la existencia, es según el filósofo francés una existencia encarnada, una existencia que se funda en la filosofía de lo concreto, es decir; “Yo existo: esto quiere decir que poseo algo para darme a conocer o reconocer, ya sea por otra persona, ya sea por mí mismo en tanto que asignó para mí una alteridad ficticia” (Marcel, 2004, pág. 23). La primera filosofía se construye no desde un enfoque racional, sino de experiencias personales de carácter existencial. Lo que revela la necesidad de acercamientos de modo concreto en la diversidad del campo experimental y existencial de los seres humanos.

Marcel da una enorme significación a la experiencia existencial de la intersubjetividad, de modo que el yo es, en medida que también interactúa con los demás por medio de la intersubjetividad.

“Usted, usted está seguro, en cambio, por qué es ingenuo o está mal informado, o por cualquier otra razón; yo, por el contrario, que tengo más sentido crítico que usted” (Marcel, 2005, pág. 152).

En el existencialismo que propone Marcel, la trascendencia sólo se puede alcanzar por medio de Dios. En cierto modo considera que lo divino es lo más interior del yo de cada sujeto o se su propia conciencia. Según Marcel, la divinidad trasciende y con ello domina la experiencia mundana. Así mismo, el ente es garante del sentido de la existencia y de la propia vida.

Lo divino sería un paradigma que sirve de guía y esperanza, y que nunca traicionará al ser humano ni siquiera lo dejará caer en un mundo despersonalizado, envilecido, materializado y funcionalizado. “Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno” (Marcel, 2005, pág. 168).

Dentro de las corrientes existencialistas, el concepto de existencia presenta una cierta variedad de matices, pero se centra en la manera peculiar del hombre, que no se deduce de una esencia, sino que crea su propia manera de ser. En este sentido la existencia precede a la esencia. Según la tradición escolástica se había transmitido entre ambos términos, que la esencia marca la estructura de un ente posible, y la existencia atrae al ente a que esté presente en la realidad y en el mundo.

“Este poder, ¿de dónde emana y quién es el que la reivindica? No he recurrido a una simplificación al distinguir de mi presente un sujeto que pretende superarlo siguiendo una dimensión mental que no se confunde de ningún modo con la duración y apenas se presta a elaboración, ni, aunque fuera como idea, Mirándolo más de cerca, no es imlemente este mismo presente el que arbitrariamente se arroga una especie de eternidad de derecho” (Marcel, 1935, pág. 161)

En el existencialismo, la existencia se aplica al hombre en cuanto es un ser que está dotado de posibilidades y, por tanto, puede cambiar su manera de ser y transformar las cosas.

El existencialismo aborda temas como; el significado del sentido de la vida, la existencia humana, la libertad, y la responsabilidad individual. Esta corriente ha tenido sus confrontaciones y al mismo tiempo ha sido criticada por los marxistas, señalando que el existencialismo es como una especie de “quietismo”.

Por lo tanto, dentro de la corriente existencialista, lo primero para todo filósofo de esta corriente como Gabriel Marcel, Kierkegaard considerado como el padre del existencialismo, Martin Heidegger, Karl Jasper y Jean Paul Sartre, entre otros, ponen, primeramente, la existencia del ser humano antes que la esencia. Así pues, “existencia”

ya no significa ahora lo que está presente en este mundo, sino más bien lo que introduce a cambiarlo. El término se usa en el sentido de ex-sistere es decir tender a.

El existencialismo o filosofía de la existencia es una corriente filosófica contemporánea que se consolida en Europa inmediatamente después de la primera guerra mundial, así como también dentro de la segunda guerra mundial, se expande hasta convertirse en una moda durante esas dos décadas.

El existencialismo expresa y se hace consciente de la situación histórica de una Europa desgarrada física y moralmente afectada por dos guerras y en este mismo se experimenta la pérdida de la libertad, ocasionada por el régimen totalitario. “La verdad es que su puede haber, propiamente hablando, esperanza donde interviene la tentación de desesperar” (Marcel, 2005, pág. 199)

La época del existencialismo es de cierto modo un tiempo de crisis, donde se considera que el hombre es un ser finito, arrojado al mundo que se ve afectado constantemente por situaciones problemáticas, de frustración, de desesperanza, pérdida del sentido de la vida, de relación para con los demás y de constante agobio por su existencia.

El existencialismo tiene un interés por el hombre en su singularidad y para ello este mismo se toma en consideración, por ello, no se le debe ver como un objeto que no sirve, o percibirlo como una simple teoría, o advertirlo como alguien que se puede reemplazar por alguien más de su mismo género.

“Lo que se ofrece modificar a la realidad humana es su relación con el ser que se coloca ante ella” (Marcel, 2005, pág. 200)

Para Marcel lo que importa es el hombre concreto, determinado, que se halla en una determinada situación. Es decir, lo importante para él, es la experiencia que, partiendo de lo fenomenológico, se adentra a la raíz ontológica.” Lo propio de ser en sí es ser idéntica eternamente lo que es” (Marcel, 2005, pág. 202)

El existencialismo asume la especulación de la existencia de un modo peculiar que para los filósofos y sobre todo para esta corriente existencialista abordan temas que les preocupan. En primer lugar, al ser humano, su libertad, su existencia, la relación para con el otro, el crecimiento personal, la acción de todo sujeto, la colectividad. En este sentido, es una corriente filosófica que reacciona contra las abstracciones de las filosofías abstractas, del concepto abstracto de la existencia de la doctrina clásica, sino más bien en un sentido totalmente nuevo que viene a significar el modo de ser de la existencia humana considerada en concreto, como aquel modo de ser personal e individual del sujeto, que por singularidad escapa a toda universalización del Pensamiento.” Quisiera ver hasta qué punto estas observaciones permiten elucidar la noción de participación en el ser”, (Marcel, 1935, pág. 24).

Esta corriente filosófica, discute y propone soluciones ante los problemas inherentes a la condición humana, como el dilema de la guerra, así como también del tiempo y la libertad dentro de la metafísica, la relación con Dios y el hombre, así mismo la naturaleza de este mismo. El existencialismo tiene su antecedente más significativo en el filósofo Soren Kierkegaard (1813 - 1855), reconocido como el padre del existencialismo, quien a la vez influyó en el filósofo francés Jean Paul Sartre. Así mismo, esta corriente tuvo su expansión y popularidad creció después de los problemas morales y éticos que dejó la segunda guerra mundial.

La característica más importante del existencialismo es la atención que presta a la existencia concreta en el hombre, por lo cual rechaza la especulación abstracta y universal”. El fortalecimiento de la exigencia ontológica constituye, sin duda alguna, uno de los rasgos más salientes del pensamiento contemporáneo “ (Marcel, 1935, pág. 18).

En el pensamiento filosófico de Kierkegaard el hombre no es por sí mismo y su salvación está en desconfiar, desaparecer por completo de sí mismo y entregarse en las manos de Dios de un modo absurdo.

Gabriel Marcel admite la posibilidad de una filosofía no ontológica, sino que de modo sistematizadora de las exigencias esenciales del sujeto. En su obra *Homo Viator* define la existencia como un viaje, en donde se pierde la conciencia. La nota distintiva de este autor es su peculiar visión acerca de ella, deja de ser un valor únicamente del ser trascendente y por ello inaccesible. Para el filósofo Sartre, el existencialismo es la constatación de la existencia sobre la esencia, es decir, la existencia del hombre precede a su esencia. Esta definición hecha por Sartre sería la máxima abreviatura de lo que Sartre entiende por existencialismo. Mientras que Marcel proclama:

La existencia... es conciencia de mí como ligada a un cuerpo, como encarnado...; el punto de vista existencial sobre la realidad no parece ser otro que el de una personalidad encarnada... La encarnación es un dato central de la metafísica.

La encarnación, situación de un ser que se aparece como ligado a un cuerpo. Dato no transparente así mismo: oposición al cogito. De este cuerpo no puedo decir ni que es yo, ni que no es yo, ni que es para mí. (Marcel, 1935, pág. 12).

Cuando habla sobre la encarnación como el dato central de la metafísica. Se refiere a que radica en un modo misterioso sobre el cuerpo, donde se puede establecer un cierto grado de distancia con él, pero sentir el cuerpo, es como ver algo esencial de la persona, además es algo tan esencial que cualquier ataque sobre el cuerpo, se puede entender que es un ataque sobre este mismo ser. En esto consiste cuando habla sobre la personalidad encarnada, habla sobre el misterio encarnado, misterio que experimenta el sujeto al sentir su cuerpo de un modo ambiguo. "Lo mejor de mí no me pertenece, no soy en absoluto su propietario, sino solo depositario." (Marcel, 2005, pág. 208).

La filosofía existencial es una corriente que se niega a ver al hombre de un modo operativo, reduciendo la personalidad de este mismo a una entidad cualquiera o semejante a cosas meramente materiales.

Por lo que, para esta corriente la realidad de la persona y las cosas son: es decir, el hombre existe en este mundo, en esta realidad, en esta vida que le es dada y por eso al hombre no se le puede reducir a un ser animal racional, a un ente cualquiera porque

en realidad el sujeto es más que esto, es un existente, no es una sustancia susceptible que ha sido determinado, sino más bien, es un ser que se construye a sí mismo día con día.

Así pues, el hombre cobra relevancia cuando se le comprende en su realidad. “Pero si lo pienso bien, no hay nada en mí que no pueda o no deba ser considerado como don” (Marcel, 2005, pág. 210)

El existencialismo no es más que una manera de entender la existencia, de tal modo que el ser humano existe en este mundo para cobrar el sentido de su persona, de todo aquello que lo rodea y así entender que la existencia humana es algo primordial en esta vida.

## **2.2. Postura existencialista de Gabriel Marcel**

Para Gabriel Marcel “La existencia es una participación inmediata en el entorno” (Gabás, 2011, pág. 396). Esta idea está emparentada de cierto modo con la existencia como “ser en el mundo”. Es por ello por lo que nuestro autor ve a la existencia como esa participación en donde toda la sociedad debe estar participando, pero de una manera inmediata en su entorno político, social y religioso.

Para poder ahondar un poco más en la concepción que nuestro autor tiene acerca de la existencia, es necesario analizar las diversas formas en que comprendían este término los filósofos de la antigüedad.

En la antigua Grecia tenían dos maneras de ver este término existir, lo hacían con una distinción. Pensaban que existía una existencia verdadera ejecutaban en cierta medida una diferencia de este mismo y la apariencia cambiante o sensible, con ello, es más un fenómeno que otra cosa. Daban un presupuesto en que la realidad es un principio, tiene un origen y con ello mismo se generan todas las cosas que se desencadenan con la vida, es decir, todo lo que existe en nuestra realidad.” Todo compromiso es parcialmente incondicional, es decir, que pertenece a su esencia implicar el que se haga abstracción de determinados elementos, variables en sí” (Marcel, 1964, pág. 220)

Tras los presupuestos o ideas que tenían los griegos sobre la existencia, tenemos las siguientes posturas; para el filósofo Tales de Mileto, sólo existía el agua, para Anaxímenes el aire era una realidad, para Anaximandro era el ápeiron y para Pitágoras, era lo más valioso y válido, los números.

Sin embargo, después de ellos, llegó Heráclito dijo que no existían las cosas, que no había esencia, sólo había movimiento, el devenir y los cambios.

Otras propuestas con relación a este concepto, las encontraremos en la filosofía contemporánea, ahí la existencia en la filosofía aporta un gran número de definiciones, catalogadas según su diversidad e interacción.

Los filósofos pioneros existencialistas hablan de “el ser y la existencia” como un todo por así decirlo. “Lo que ocurre es que en verdad lo humano no es auténticamente humano más que allí donde está sostenido por la armadura incorruptible de lo sagrado” (Marcel, 2005, pág. 213)

De lo anterior, podemos inferir que el significado del concepto de existencia tiene varias vertientes, las cuales resultan discutibles. Dentro de las grandes aportaciones que han hecho los filósofos existencialistas contemporáneos, tenemos los siguientes; como Heidegger para él existir es “existiré” significa estar en la nada, ser parte de la nada.

Karl Jaspers dice que la existencia es estar en la nada, pero circunvalando por el SER, es decir, permitir sentir a Dios. “Debemos partir dato revelado, y en la de participar del dogma de la trinidad captado en toda su amplitud” (Marcel, 2005, pág. 216)

Empero, la existencia es una palabra que denota la percepción de los objetos en el tiempo y en el espacio, es decir, los objetos que se perciben están en un tiempo y en un espacio para poder ser percibidos y si no estuvieran en un tiempo y en un espacio, pues no podrían ser percibidos. Con base en lo mencionado anteriormente, se desprende que la persona humana tiene una capacidad muy limitada para percibir el mundo.

La existencia está en la transformación de los “entes” y ésta es regulada por unas leyes aleatorias que despliegan al ser humano hacia una posibilidad, la posibilidad que tiene el hombre de comprenderse a sí mismo y tratar de entender su relación con la realidad.

De lo antes expuesto se desprenden las siguientes interrogantes; ¿la existencia tiene alguna dirección? ¿tiene alguna razón de ser? Pero ante estas incógnitas la respuesta más próxima y modesta, que ofrece nuestro autor es que la existencia es un misterio, misterio que se despliega en función de lo concreto que le acaece al ser humano.

El hombre es comprendido como un ser que se ve enfrentado a una realidad concreta, es el yo existente que no puede huir de lo que el mismo es, su ser está envuelto en un mundo y en el sentido, que, partiendo de su existencia, la persona puede vislumbrar, tratar de entender y comprender, por qué está inmerso en esta realidad concreta y singular.

### **2.3. Sentido de trascendencia con base en el existencialismo de Marcel**

La corriente existencialista se ha preocupado sobre el hombre entorno a su existencia y el valor que tiene éste. Pero ahora es momento de reflexionar y analizar sobre el sentido de la vida por medio de esta corriente y los principales filósofos que han hecho una gran aportación en cuanto a la pérdida de identidad, de incertidumbre en la vida e imagen del hombre, del cual se convierte en una de las tareas más urgentes de nuestros tiempos.

El existencialismo se divide en dos corrientes antitéticas, la corriente atea representada por Sartre y Heidegger, en la corriente cristiana cuyo exponente es Gabriel Marcel y Jaspers. “la existencia de una especie de degradación entre lo que depende y lo que no depende de mí” (Marcel, 1935, pág. 35).

En algún momento de la vida, la mayoría de los seres humanos, se han preguntado sobre el sentido de la vida, o el sentido de su existencia, saber qué somos en realidad, porqué estamos aquí, que hay después de la muerte. Sin embargo, en la vida y la existencia del sujeto, no hay un camino en específico que determine la ruta a seguir o cómo debería ser la vida de cada uno en este mundo. La vida misma, las circunstancias, las experiencias vividas por cada persona son el momento exacto en donde se adquiere el sentido de la vida.

Este sentido que se logra entender o percibir responde a lo que lo impactó, le marcó en algún momento y permitió que se realizarán cambios trascendentales, es ahí donde el hombre está sumergido en una angustia tal como lo menciona Heidegger, es

decir, el hombre que es arrojado en este mundo y ante su inautenticidad pierde el sentido de su existencia, pierde el control sobre su sentido de vida, porque la existencia humana del Dasein es la vida humana. “El ser disponible se opone a aquel que está ocupado o saturado en sí mismo” (Marcel, 2005, pág. 221).

El ser humano cuando es arrojado en este mundo se da cuenta que está arrojado para la muerte, es decir, le aparece la angustia. Para Heidegger la existencia humana es una constante angustia por morir a, volver a la tierra.

Lo que afirma Heidegger es que la vida inauténtica del hombre es la negación de ese ser que va a morir. Y para olvidar la muerte, el hombre se vuelve a la exterioridad, hacia las cosas del mundo, hacia lo banal y superficial cuyo eje no da sentido de su existencia. El hombre moderno se descubre huyendo constantemente de sí mismo, de un temor que lo agobia. “La persona sólo se realiza en el acto por el que tiende a encarnarse (en una obra, en una acción, en el conjunto de una vida)” (Marcel, 2005, pág. 222)

Heidegger afirma que la existencia del hombre es una angustia de verse proyectado en un mundo en el que tiene que ser; el hombre tiene que padecer su existencia, afrontándola de una manera auténtica y, este mismo proviene de la nada y es parte de un proyecto encaminado hacia la muerte. La muerte es el fin de todo proyecto, todo proyecto se acaba con la muerte. “Quizá sería más exacto decir que no puedo anticipar mi muerte, es decir, preguntarme qué seré yo cuando la máquina deje de funcionar” (Marcel, 1935, pág. 240)

Es decir, el hombre desde que nace comienza a morir, comienza a vivir con la muerte y la muerte es un hecho que debe ser vivido como algo intrínseco a la propia vida del hombre.

Gabriel Marcel, “suprime de inmediato la idea de angustia, al aceptar la noción de Dios y sus implicaciones filosóficas y teológicas en el esclarecimiento de los problemas de la existencia” (Montoya, 1965, pág. 410). En este sentido es necesario plantear el sentido de la vida y de la muerte, ya que con esto se busca reconocer el plano de la trascendencia después de la muerte, porque al saberse presente en una realidad, automáticamente el hombre se cuestiona su vida y su existencia, y de igual manera desea ver los frutos que esta misma produce. Sin embargo, todo hombre que quiera

comprender el sentido de su existencia tiene que enfrentarse con su realidad, por ello ¿es la muerte quien derrota el sentido de la persona? Esta pregunta surge inevitablemente en la vida del individuo tras las experiencias que han surgido a lo largo de su vida, Marcel nos dice:

Diría que esta experiencia se presenta como una especie de estremecimiento en presencia de las grandes realidades misteriosas que confieren a toda una vida humana su marco concreto: el amor, la muerte, el nacimiento de su hijo, etc. No dudo en decir que toda emoción personalmente sentida al contacto de estas realidades es algo como un embrión de experiencia filosófica. Está claro que, en la inmensa mayoría de los casos, este embrión no sólo se desarrolla en una experiencia articulada, [...] también es verdad que casi todos los seres humanos han experimentado en alguna ocasión la necesidad de ser esclarecidos, de recibir una respuesta a sus propios interrogantes. (Marcel, 1971, pág. 28)

En este sentido el hombre se encuentra en una decadencia, el sentido de la vida, y toda su naturaleza se ve agravado a ser reducido a un ser irracional, la figura del hombre se ve vislumbrada meramente a un animal irracional.

Sin embargo, en la naturaleza del hombre hay algo que hace que tenga confianza, seguridad, ya que, sabe por el hecho de tener y ser parte de esta existencia, distingue que un ser le hace partícipe algunos de sus atributos dentro de su alma y de su cuerpo.

El filósofo Jaspers ofrece otra alternativa para la trascendencia, cuando se pregunta por el ser, se interpela primeramente ¿quién soy yo? ¿cómo me encuentro en el mundo? la persona está encaminada hacia el descubrimiento del sentido de la vida en una reflexión sobre sí y del mundo en el que todo perece y se cuestiona si tiene un principio y estará en un fin. “Es completamente evidente que no puede tratarse de una coexistencia semejante a la que puede vincularme a alguien” (Marcel, 1935, pág. 40)

Jasper afirma que el hombre da un salto y sólo en su momento la vida auténtica del hombre gana la conciencia de su existencia, antes del salto es un hombre como posibilidad, sólo después lo es realmente. Sin embargo, inicia una problematicidad sin fin y se hace cargo conscientemente del riesgo de su historia. La filosofía entre la

existencia y la trascendencia hace un acercamiento a una transformación como lo expresa Jaspers:

Nos arriesgamos a afirmar: la filosofía no puede dejar de existir mientras haya hombres. La filosofía sostiene la pretensión de captar el sentido de la vida más allá de todos los fines del mundo; cumplir realizándolo, en el presente, este sentido, como si dijéramos transversalmente a la vida con su propia presencia servir al propio tiempo al futuro; no bajar jamás al hombre, o aun hombre, a la condición de mero medio. (Jaspers, 2003, págs. 157-158)

Es decir, el hombre tiene que ser valorado por sus cualidades de modo que este mismo se encuentra ejerciendo su existencia en medio de este mundo. Mi existencia empírica es absolutamente temporal, vive y muere, como ser; más la existencia está en el tiempo trascendiendo en el tiempo, pues está en relación con la trascendencia como otro absoluto y se hace consciente de que no existe sólo por sí misma.

“Pero aún hay otra cosa, no menos importante: cuanto más accede el alma a la fe y cuanto más se da cuenta de la trascendencia de su objeto, tanto más comprende que es completamente incapaz de producirla” (Marcel, 1935, pág. 49)

#### **2.4. La persona o el ser como trascendente**

Retomaremos algunas de las concepciones de persona que rescata nuestro autor. A lo largo de la historia de la humanidad esta misma se ha visto en situaciones en la que desea saber sobre cuál es el sentido de vida y de todo aquello trascendente a su existencia. Sin embargo, también está siempre en busca de una felicidad, de una esperanza, de una orientación acerca de su realidad, más aún de su propio destino como persona. Pero ¿cómo se puede lograr todo esto? podemos empezar por preguntarnos ¿qué es la persona? ¿quién soy yo? ¿tiene sentido la vida? ¿qué he de hacer para una vida plena? ¿después de esta vida qué sigue?

En primer plano, el hombre siempre será en gran medida como un misterio, porque cuanto más conoce de todo lo que le rodea, todo lo que le presenta el mundo y cuanto más se conoce así mismo como único en su género, se presenta en toda persona la pregunta acerca del sentido de la vida, de su realidad y de su existencia. Así pues, se entiende en palabras de Sófocles “muchas son las cosas misteriosas, pero nada tan misterioso como el hombre”. (Sófocles, págs. 332-333). Es decir, en la estructura de la

persona se descubren elementos de vida espiritual que lleva a reconocer la naturaleza inteligible del alma humana y de la perfección de toda persona. Pero en la indagación del hombre sobre sí mismo siempre habrá aspectos de oscuridad, de misterio y que por otro lado este mismo se presenta como un problema cuyo eje está en la interiorización, el cual será un misterio por resolver.” Yo ya no puedo hacer existir a otro distinto de mí, no puedo hacerme existir a mí mismo, y entre estas dos imposibilidades existe una evidente conexión”. (Marcel, 2005, pág. 227).

### **2.5. La esperanza y la persona**

El hombre es una persona, un ente dotado de racionalidad que se distingue desde tiempos innumerables del mundo, la vida en el planeta y todo lo que ha conllevado a la historia de la humanidad en cuanto a sus grandes procesos.

Cabe mencionar que también es detonante de las grandes catástrofes en la historia y precisamente con eso se concibe al hombre de una manera no tan sencilla porque él mismo ha demostrado no ser conceptualizable en una sola cosa.

“Triste ¿Cómo decir sin impiedad que la verdad de estas cosas que son la obra de un Dios excelente es triste? ¿Y, sin que sea absurdo, que el mundo, hecho a su imagen y semejanza, es más pequeño que nosotros mismos y deja la mayor parte de lo que imaginamos sin soporte” (Marcel, 1935, pág. 60)

Nos encontramos con que el hombre se va a distinguir de las demás criaturas no sólo por su ser pensante, sino por miles de otras cosas que tiene en sí, el hombre es un ser emocional, sexual, espiritual, social, con malicia, con bondad y miles de cosa más que hacen al hombre ser persona

“El espíritu que se abandona a la Realidad como si fuese un niño sabe bien que todo ser personal está salvado desde el momento en que se entrega sin restricción y también sin desesperación a las solicitudes profundas del Amor que brotan sin cesar de los trasfondos de su alma” (Marcel, 1935, pág. 267)

El hombre tiene límites e incluso crea límites y así mismo es un cambio constante por ser un ser inmerso en tiempo y espacio, es capaz y la vez incapaz, tiene un límite tan

extenso que no alcanza a descubrir. El hombre no es una sola cosa, es una extensa gama de habilidades y características que lo hacen ser.

La persona para Gabriel Marcel la “entiende el ser como presencia, como un estar presente y comparecer; la presencia sólo puede darse en un estar presente junto con otro”. (Gabás, 2011, pág. 398). Es decir, hay una ontología de la participación, en un acontecer que implica una llamada y una respuesta. En la voz de un diccionario filosófico nos dice que:

Persona, recibe este nombre el individuo de orden espiritual. Es pues, un individuo dotado de naturaleza espiritual en su peculiaridad incomunicable.

En el mundo visible sólo aparece el hombre con los caracteres de la persona; se le designa con un nombre propio y se presenta como sujeto de toda proposición y portador de propiedades. (Brogger, 2000, pág. 423)

Una de las características importantes de la persona es la inmanencia y es aquello que se guarda y se queda en el interior, por ejemplo; en el sujeto hay operaciones inmanentes, hace que pueda conocer, vivir, dormir, leer, de las cuales, la persona hace y queda en él, mientras que en los árboles no hay un dentro, no obstante, en los seres vivos sí.

En el ámbito de la vida hay una jerarquía, diversos grados que establece el grado de inmanencia, es decir los animales ejercen operaciones más inmanentes que las plantas o los árboles, y el hombre hace operaciones más inmanentes que los animales.

Con esta característica el hombre tiene un dentro, una intimidad donde sólo se conoce así mismo, es para sí, se abre a una interiorización que desemboca a conocerse y a introducirse a lo más profundo de su alma.” Digamos que el yo como tal está sometido a una especie de fascinación difusa que se localiza casi al azar en los objetos a los cuales se atribuyen a veces y deseo y a veces hay temor” (Marcel, 2005, pág. 152)

Los pensamientos de las personas nadie los conoce hasta que se dicen. La interioridad es un mundo interior abierto para sí, y algo oculto para los demás, es intimidad cuyo grado tiene una inmanencia máxima, donde tiene lugar aquellas cosas que quedan guardadas para uno mismo y además de esto es el lugar donde brotan cosas

nuevas. Por ello, la persona es una intimidad donde lo propio de este mismo, es llegar a ser algo nuevo y así mismo causar una nueva autoconciencia.

“El conocimiento que el yo tiene de sí mismo” (Runes, 1969, pág. 43)(Cfr. L. WOOD, Autoconciencia, En: D. RUNES, Diccionario de Filosofía, Grijalbo, Barcelona, 1969, 43.)

La conciencia y la autoconciencia son términos que quedarán más claros en el siguiente capítulo, no obstante, es importante hacer una aproximación desde ahora puesto que son totalmente necesarios para el desarrollo del pensamiento de Gabriel Marcel.

En este sentido la persona es un ser corpóreo pero que no está limitado sólo a ello, ya se expuso entre líneas su carácter espiritual y con ello su carácter de interioridad, lo íntimo, es decir, el cómo es consciente precisamente de lo que le acontece y que no todo ocurre como afección a lo corpóreo, sino que hay afecciones que “parecen no tener relación con el cuerpo” (Marcel, 1964, pág. 165). pese a existir dicha relación por ser la persona una unidad.

De tal modo “que esta dimensión de la conciencia es como poner los objetos (las acciones, las experiencias, las vivencias) en la luz; la conciencia los ilumina y puedo verlos y decir: están ahí, están sucediendo y yo soy consciente de ello” (Burgos, 2013, pág. 127). Así pues, la persona da un paso más profundo a comparación del animal, por ejemplo, no sólo está en el mundo es consciente de esa existencia y de lo que lo rodea.

La persona es un ser de expresiones, muestra lo que lleva dentro, a través de sus actos, tiene el dominio de hacer lo que quiere. Por otro lado, es un ser con capacidad de dar, de sentir afecciones como, por ejemplo; la capacidad de amar, “en el sentido de que es el darse total del amante al amado: quien se guarda, quien no se da, no está amando, y por lo tanto no se cumple como amante, no es capaz de realizar la actividad más alta para los seres que piensan y quieren” (Arengue, 2003, pág. 63).

En este sentido, para que se cumpla en el dar, necesita el hombre de otro, no es un ser en solitario dándose para sí, necesita estar en comunicación y exista una reciprocidad y sienta correspondencia.

El pensamiento cristiano que se tenía en la edad media sobre la persona humana recogía una enseñanza entorno a la revelación cristiana donde mencionan que el hombre

es imagen y semejanza de Dios, por ello le dan un valor intrínseco donde es fruto de un acto creador, libre y de un Dios amoroso. Sin embargo, debido a la inteligencia espiritual que tiene la persona, ontológicamente la misma participa plenamente de aquella perfección divina; por ende, se desprenden una serie de particularidades que hacen a una persona humana y lo llevan a ser un ser excelente.

Primeramente, es un ser libre porque con ello es capaz de ser dueño de su propio obrar, Marcel entiende la libertad como “la respuesta a una llamada que llega de fuera, y que, en definitiva, procede del yo divino” (Gabás, 2011, pág. 398), es capaz de donarse a sí mismo, es decir, de amar, sobre todo, radicalmente de amar y reconocer a Dios. De esta forma, la noción de persona, se designa una singularidad que el hombre es irrepetible por cada ser humano y por ello la igualdad ante Dios.

Por último, hablar de persona es necesario advertir que existen dos modalidades por así decirlo, que se puede poner en un cierto nivel de abstracción en torno a la persona humana; varón y dama, por ello, no existen personas en abstracto sino más bien hay personas masculinas y personas femeninas que aportan una complejidad y un misterio.

Esto no quiere decir que el hombre y la mujer sean dos seres distintos o diferentes, son esencialmente iguales, pero en el sentido específico en que se constituye un ser personal. Ambos son distintos en sus manifestaciones concretas en su corporalidad, sensibilidad, psicología, inteligencia y en su afectividad que hacen recorrer distintos caminos en el hombre y la mujer, lo que enriquece el mundo del ser personal y lo complementa. “Lo más simple de esta reflexión basta para mostrar que de ningún modo se podría considerar a ambos como diferentes desde un puro dato de hecho” (Marcel, 2005, pág. 240)

## **2.6. La persona y su relación implícita y explícita con el sufrimiento**

Santo Tomás considera que el dolor exige dos cosas: “alcanzar un mal –que es mal porque nos priva de un bien– y la percepción de este logro” (S. Th., I-II, 1. 35 a. 1), todo sufrimiento para ser sufrimiento necesita cumplir dos condiciones: en primer lugar, el logro de un mal y en segundo lugar la percepción de este logro (*coniunctio alicuius mali et perceptio huiusmodi coniunctionis*).

Para entender el Sentido del sufrimiento tenemos que partir de uno de los grandes autores de la filosofía medieval y porque no decirlo de los más grandes autores de toda

la filosofía, nos estamos refiriendo al doctor angélico Tomás de Aquino, que nos dice que, “para alcanzar un bien, regularmente pasamos por un mal, el cual, nos va a ir privando de este bien”. (Gabás, 2011, pág. 72)

Es por ello por lo que nos va a causar sufrimiento y este sufrimiento, nos va a hacer desesperarnos, pensar que no hay un bien solo y que no debemos permanecer en ese sufrimiento, en este mal porque si permanecemos ahí vamos a perdernos y vamos a dejar de existir. aquí es donde va a entrar nuestro autor. “La existencia encadena al ser humano a sí mismo. Su peso se hace sentir de modo particular en el dolor y en el sufrimiento, experiencias universales, reveladoras de la intensidad del lazo de cada uno consigo mismo, de la soledad del individuo” (Plourde, 2005, pág. 85)

Nos damos cuenta como nuestro autor ya percibía que hiciera humano (la persona) ya estaba implícitamente arraigada al sufrimiento, pero no solamente a un sufrimiento físico, sino que también, a un sufrimiento emocional, ya que, muchas veces este sufrimiento se da en la soledad de la persona, es decir, la persona debe estar intrínsecamente rodeada de más personas porque somos seres sociables y si estamos alejados unos de otros tendemos a sentir dolor y este dolor pues nos lleva a sentir tristeza, soledad la cual, nos hace sufrir”. He visto claramente la conexión que une el problema del sufrimiento (y sin duda del mal en general) al problema de mi cuerpo” (Marcel, 1935, pág. 90)

El sufrimiento desabriga al ser: desvela su complejidad, al tiempo que su fragilidad y vulnerabilidad. Ya que mediante el Dolor y sufrimiento que están ligados a la soledad ontológica. Nos llevarán a pensar que todo está perdido ¿por qué decimos que el sufrimiento desnudó al ser? la respuesta más fácil sería porque el ser personal está lleno de complejidad y de fragilidad y es vulnerable.” En presencia de alguien que sufre no puedo en absoluto decir: tu sufrimiento es la retribución de tal pecado en particular” (Marcel, 1935, pág. 97)

Pero cabe mencionar, que la persona como ser sociable es capaz de evadir un sufrimiento de soledad, no así su fragilidad y vulnerabilidad, pero sabemos que siempre va a haber una esperanza, va a haber una salida a esto, porque en la persona está

implícito aún el sufrimiento, pero también puede ser explícita a tal sufrimiento y salir fácilmente de este.

Dolor y sufrimiento para dar a entender lo que hace sufrir. Si la primera se reserva con mayor frecuencia para los males que afectan al cuerpo y la segunda para hacer referencia más bien a los que atañen a las emociones y al espíritu su distinción no es del todo tajante. Se dice, por ejemplo, sufro de un mal de dientes, siento el dolor de haber perdido a un ser querido. El uso lingüístico revela implícitamente la unidad concreta del ser humano y la interacción que existe entre lo corporal y lo psíquico: difícilmente se hurta al cuerpo su presencia en el dolor moral, del mismo modo que no se puede impedir al dolor físico afectar al ser sufriente todo entero. Gabriel Marcel se conforma con este uso, tanto en su obra teatral como filosófica, incluyendo el dolor en el misterio del sufrimiento.

El sufrimiento pertenece a la esfera más amplia del misterio del mal. Es fácil comprender por qué Marcel habló, por su parte, de misterio y no de problema: ante los males sociales de todo tipo, ante la infelicidad personal, ante la enfermedad, la muerte, nadie es espectador.

El Mal es para toda la sociedad una amenaza cuyo índice esencial es que esta amenaza escapa al control de su dueño. El hombre amenazado, es, por tanto, comparable a los defensores de una ciudad asediada; no está seguro de que el asediador no tenga cómplices en la misma ciudad. Se siente traicionado, y la propia inquietud que experimenta en presencia de esta traición sospechada, pero no evidente, viene entonces a añadirse a su preocupación. "No hay en el en sí una parcela de ser que no sea suya inmediatamente" (Marcel, 2005, pág. 155)

El Mal no es solamente exterior, sino que es también interior para el sujeto que lo encarna, el Mal sorprende al sujeto desprevenido, traicionando la confianza espontánea que tiene ante la vida. El Mal está vinculado a toda finitud.

## **2.7. El sufrimiento como prueba**

El sufrimiento somete a todo ser humano a la prueba de sí mismo: este contacto, este cuerpo a cuerpo con la vida le hace tocar de golpe, con los dedos, la sed del ser

que lo habita, tomar conciencia de su vulnerabilidad ontológica, de la fragilidad de las cosas de las que dispone, de la complejidad de las relaciones humanas. Gabriel Marcel describe toda situación que pone a prueba como la imposibilidad para un ser de acceder a una cierta plenitud vivida. Entre todas las pruebas, es necesario sin duda considerar “El sufrimiento físico como prototipo o como raíz de todo sufrimiento. Además del dolor físico, dan pábulo, entre otros, al sufrimiento.” (Marcel, 2004, pág. 75)

La muerte que todos debemos afrontar un día amenaza el sentido de la vida: ¿para qué soportar la prueba de la existencia si todo ha de terminar toscamente? El sufrimiento alcanza su furor cuando la muerte viene a usurpar a un ser querido; entonces es necesario enfrentarse a una situación —límite irrevocable—, que resquebraja el corazón, y desgarrar el alma en sus más íntimas fibras. Un gran amor lleva en sí promesas de eternidad, pero he aquí que invisibles fisuras hacen estallar una comunión que parecía invulnerable. “La experiencia sí parece fundar que haya esperanza es capaz de subsistir a una destrucción casi total del organismo” (Marcel, 2005, pág. 270).

El sufrimiento da miedo, confiesa el filósofo. Mi primera reacción es la de huir, incluso si sé que está ligada a mi finitud, rehúso considerarlo como un momento penoso que hay que pasar, como una experiencia que podría quizás convertirse en benéfica, como una llamada a un ser más, es decir, como una prueba apta para transformar mi ser que está lejos de ser completo. Puedo rechazar el sufrimiento, rebelarme, ponerme tenso, crisparme, replegarme sobre mi infelicidad.

Puedo desesperarme, abandonar la partida, confundirme con ella, rehusar la lucha, dejarle ocupar todo el espacio, gritar a la injusticia y proclamar, con amargura, el sinsentido de mi condición: ¿por qué yo? Puedo incluso querer rehuirla completamente con el suicidio, que se me aparece como la única escapatoria posible. Llevado de esta manera el sufrimiento es tóxico, afirma Marcel.

“Pero, por otra parte — y ahí está la paradoja, todo el sufrimiento es por su misma esencia “éste”, de donde puede nacer la tentación casi irresistible de encontrarle una explicación o una justificación que sea a su vez determinada, especificada. Pero esto no es posible” (Marcel, 1935, pág. 200)

Parece claro que hacen falta al alma dolorida unas condiciones privilegiadas para que el sufrimiento sea transformado “en un principio susceptible de irradiar amor, esperanza y caridad” (G. MARCEL, *La dignité humaine et ses assises existentielles*, París 1990, p. 142, *La dignidad humana y sus fundamentos existenciales*). La primera de estas condiciones es la apertura a los otros, una opción que se ofrece a todos cotidianamente, incluso y especialmente en el mayor de los pesares: no hay esperanza sin comunión con el otro, acentúa el filósofo. La segunda, es la de amar, a pesar de las pequeñas mortificaciones cotidianas que exige toda fidelidad creadora: “amar a un ser es esperar de él algo indefinible, imprevisible; es, al mismo tiempo, darle en cierta forma, el medio de responder a esta espera” (G. MARCEL, *Homo Viator: prolégomènes à une métaphysique de l’espérance*, Association Présence de Gabriel Marcel, Paris, 1998, p. 63, *prolegomenes a una metafísica de la esperanza*, Asociación Présence). La tercera condición es no esperar de los otros que me enseñen el sentido de mi sufrimiento: me corresponde a mí sacar del fondo de mí mismo un significado para reconocer o para creer. Todo es aquí función de mí, de mi poder de interpretación o de asimilación, en suma, de mi libertad. Aceptada como prueba, el sufrimiento se convierte en mi combate y soy yo quien debe tomar la iniciativa. Ya no tengo que encontrarle una explicación, mucho menos una justificación.

Este misterio es el de la condición humana que es compartida por todos: a través de este sufrimiento, que es mi sufrimiento personal, yo soy invitado a participar “en un misterio universal, entendido como fraternidad.

## CAPÍTULO III

### EL SER HUMANO, UN SER ENCARNADO, TRASCENDENTE E IMPLICADO EN EL MISTERIO

#### 3.1 Libertad del ser trascendente

La libertad no es tanto un atributo que pertenece inalienable a la naturaleza humana, para ejercerse principalmente dentro del ámbito de una sí-mismidad cerrada y sellada; por ello, la libertad no se presta fácilmente a la observación empírica. Más bien, el acto libre es aquel acto por el que yo me abro, recibo y acojo un don o gracia de otro u ofrezco tal don al otro, un acto que, aunque quizás no me doy cuenta en el momento de realizarlo, contribuye a hacerme libre, y por medio del cual adquiero poco a poco un estado de plenitud intersubjetiva profundamente experimentada. Es solamente dentro de este proceso tal como se desarrolla dónde puedo empezar a observar y ser consciente de que soy libre.” Hago notar de paso que la idea cristiana de mortificación debe ser comprendida en función de esta muerte liberadora. Es el aprendizaje de una libertad más que humana” (Marcel, 1935, pág. 100).

La libertad del hombre, asumiendo todas las implicancias de dicha idea. Las nociones de autodeterminación y autonomía tomaron rápidamente un lugar tanto central como estratégico para poder garantizar teóricamente una experiencia humana tan cotidiana y extraordinaria a la vez; una experiencia que define la misma existencia, aislándose, de toda definición.

La defensa de la libertad pasaba necesariamente por el acento puesto en la indeterminación de la voluntad y en su incondicionalidad: es decir, la única manera de afirmar el carácter libre de la existencia –y así la existencia, sin más– era neutralizando a lo otro de ella misma, que pudiera llegar a dar razón o fundamento de su desarrollo; en otras palabras, anulando el concurso de la alteridad y de la exterioridad en la actuación libre. Sólo puede ser libre aquel que se libere, al mismo tiempo, de todo condicionamiento y de toda determinación.

” Parecen coligadas para hacerme creer que mi libertad aquí es radical; pero, es posible esta acción absoluta de mí sobre mí mismo” (Marcel, 1935, pág. 103)

Únicamente podrá ser libre aquel que se despoje en su acción a todo aquello que es extraño a su libertad. Esta caracterización de la libertad ganó un lugar indiscutible en la historia moderna, por lo cual, razonablemente, aparecieron dos posibles caminos ante esta encrucijada: o bien se afirma la libertad con una cierta trascendencia (o trascendentalidad) de la subjetividad respecto al mundo y a los otros, o bien se niega la libertad en pos de la afirmación del mundo y sus mecanismos. La cuestión por la atadura a la cadena causal define, en última instancia, la decisión en torno a la libertad del hombre. Un punto medio es impensable.” Y ello nos conduciría al examen de una distinción que me parece capital y con la cual terminaré esta exposición ya un tanto cargada; quiero referirme a la distinción entre autonomía y libertad” (Marcel, 1935, pág. 105).

En un ambiente marcado claramente por esta polémica entre el positivismo y el idealismo, aparece una figura clave –aunque olvidada– de la filosofía del siglo XX, representante capital de la filosofía existencial francesa, a saber: Gabriel Marcel. Formado en la Sorbona de principios de siglo, bajo la presencia de la filosofía neokantiana, cuyo representante principal era León Brunschvicg, pero inspirado también por los nuevos caminos de la metafísica señalados por Henri Bergson, Marcel lleva adelante una reflexión profunda, aunque no sistemática, de las implicancias de la existencia humana, de sus dimensiones éticas, antropológicas y metafísicas.

A través del análisis de experiencias humanas concretas, cargadas de valor para quien las vive, el maestro francés se aproxima al misterio del Ser, a ese misterio que nos constituye como sujetos y que impugna cualquier intento por acercarse a lo metafísico por la ventana, manteniéndose fuera de ese ámbito de participación, como un mero espectador de aquello que, por el contrario, nos involucra necesariamente”. No permanezcamos más tiempo en lo abstracto, donde siempre se corre el riesgo de ser prisioneros de las palabras” (Marcel, 2005, pág. 229)

Aparece con fuerza insospechada, por un lado, su carácter libre, y por otro, su carácter intencional, su esencial apertura a lo otro de sí mismo. Como sostenido en una paradoja irresoluble, la filosofía se encuentra con que la supuesta intersección que separa para siempre el camino hacia la identidad del camino hacia la alteridad era una

ilusión, un modo en última instancia, un dispositivo lógico de poder definir conceptos que posibiliten un entendimiento de la experiencia vital. Manteniendo una tensión insoportable, una tensión que pide a gritos una resolución, Marcel señala que la experiencia de libertad es una experiencia desquiciada, una locura para la razón que todo lo quiere definir, que llevará al gran oxímoron de una libertad excéntrica: “106 el ser más autónomo es, en realidad, el más comprometido” (Meña, 1993, pág. 254)

### **3.2 Persona como sujeto de dignidad**

La historia constituye un contundente testimonio de ello: dentro de las concepciones antropológicas el mayor poder transformador lo tiene el homo Viator. Sólo el animal racional se le puede comparar en este sentido. Pero hay una diferencia notoria relativa a este punto entre ambos: se puede observar en el animal racional, en cierto modo, un desarrollo de la humanidad que alcanza un nuevo estadio, en que ya no tiene necesidad del mito y comienza a apoyarse en el poder de la razón. Es cierto que ello se expresa en su inicio en individuos preclaros Jenófanes, Tales, Anaximandro y que luego comienza esto a generalizarse, si bien por siglos y milenios, estará circunscrito sobre todo a una elite. “Me mantengo de deliberadamente en una zona de alguna manera intermedia entre el sueño y la realidad, aquella en la que triunfa la complacencia consigo mismo” (Marcel, 2005, pág. 173)

Como bien sabemos hay una diversificación de respuestas en cuanto a la persona como sujeto de dignidad. hay quienes dicen que la persona es como un animal que lo único que tiene de diferente es que razona, es decir que piensa.” Es preciso tener cuidado de que el objeto de la fe no se presente en absoluto con los caracteres que distinguen a una persona empírica cualquiera. No puede figurar en la experiencia, puesto que la domina y la sobrepasa” (Marcel, 1935, pág. 109)

Nos atrevemos a decir que la persona es el único sujeto que tiene dignidad, pero debemos decir unidad dignidad de respeto y amor mutuo. porque a los animales los podemos querer los podemos asear y porque no darles un lugar en la sociedad, pero a la persona la tenemos que ver como lo que es un semejante a nosotros, un igual. aunque pueda tener menos posibilidad económico social. sigue siendo otro igual que nosotros. Como nos dice nuestro autor la persona es igual a ti sólo que en diferente estatus social.

“Supone siempre el desconocimiento de la prioridad necesaria del principio de la persona respecto al principio de la cosa” (Marcel, 1935, pág. 111) Es por esto por lo que la persona es la única que tiene valor de darle una dignidad total, sin embargo, hay quienes se han atrevido a decir que la persona es un animal racional únicamente. para lo que nosotros decimos que la persona es más que un animal, ya que esta persona tiene una dignidad de ser humano.

También podemos afirmar que todo hombre sin importar si es varón o mujer tiene la misma dignidad y merece ser tratado de igual manera. tristemente nuestra sociedad nos ha vendido la imagen de que varón es el que realiza las encomiendas más pesadas y a la mujer se le ha relegado a las actividades o tareas menos pesadas.

Hoy en nuestra sociedad tenemos el problema de las feministas, que dicen pedir los mismos derechos o la misma dignidad de un varón, pero en lugar de representar esa dignidad, la están desvirtuando, ejecutando todos sus disturbios. Esto, lejos de conducirlos a una trascendencia las conduce a una cosificación, es decir a una desaprobación de ellas mismas.

Pero no solamente de ellas mismas sino también de aquellas otras mujeres que no participan en sus disturbios.” Quizá se podría aclarar esto observando que cada uno de nosotros se presenta desde el principio a los demás y así mismo como un cierto problema cuyas circunstancias, sean las que sean, no bastan para dar con la solución” (Marcel, 2005, pág. 183)

Ellas dicen pedir el derecho a la vida, educación, libertad de expresión, y libertad de género, entre otros, pero qué hacen ellas; disturbios, manifestaciones y algunas otras cosas más. por lo que en lugar de generar esa confianza y esos derechos que se les pueden otorgar consiguen un rechazo de la sociedad y su propia cosificación.

Actualmente nos enfrentamos al problema de la cosificación los trabajadores(jornaleros), a quienes ya no se les ve como personas, sino como un simple instrumento más de trabajo, una máquina, que se puede explotar.

### 3.3 Dar el sentido de nuestra sociedad

Parménides con su pensamiento del eterno presente del ser, que está pensado sobre un fundamento ontológico, deja una brecha abierta para continuar recapacitando en el posible correlato existencial que ello tiene. Podemos observar que el hombre en sus vivencias más profundas muestra su anhelo de perpetuar el presente. “Ello se expresa en distintas vivencias como son; las complejas, de plenitud en las que sentimos precisamente algo completo e íntegro, sin que falte nada, y que ninguna cosa esté pendiente. Estas vivencias se dan a través de distintos caminos”. (Holzapfel, 2014, pág. 109)

Marcel nos dirá que para que podamos tener una buena sociedad debemos tener un sentido de trascendencia mediante amor, la esperanza y el respeto. Pero debemos tener en cuenta que nuestra sociedad, cada vez está más justificada en los desórdenes sociales que muchas veces atañen cada vez menos al hombre, porque el que digan de toda cosa es buena, aunque no sea correcto, pero no debemos perder de vista que nuestra sociedad puede reivindicarse si nosotros ponemos de nuestra parte darle un sentido a nuestra existencia. Cabe mencionar que la sociedad cada vez está más manchada de los desórdenes mundiales.

“En el punto a que hemos llegado hay una cuestión que es difícil no plantearse: por qué no desembarazarse, sencillamente, de este ser indeterminado o finito que tan pronto aparece como un puro no-ser, tan pronto se presenta como una especie de guardamuebles, en el que se encontrarían en desorden los elementos entre los cuales el mundo fenoménico tendrá la loca pretensión de instituir un orden jerárquico”. (Marcel, 1935, pág. 114)

Entonces nos surge la pregunta de cómo podemos dar sentido a nuestra sociedad: podemos decir que para dar sentido a nuestra sociedad debemos tener una vida en paz respetando a nuestros semejantes, pero también respetando a cualquier persona que es nuestro semejante. De esta manera es cómo podemos dar un sentido a la vida a nuestra vida, ya que, si seguimos por el camino de la cosificación, la denigración de la persona, nos vamos a perder vamos a caer en las guerras en los malos manejos de nuestra vida. como lo estamos viendo en la actualidad. lo que tratamos de hacer en

esta investigación es reconstruir esa dignidad de todo ser humano de toda persona”. ¿Por qué signo se puede reconocer si la persona se supera, se trasciende efectivamente o, por el contrario, si retrocede, de alguna manera, más acá de sí misma? hay una agudeza trágica ante las multitudes, fascinadas y fanatizadas” (Marcel, 2005, pág. 203)

Gabriel Marcel es llamado el filósofo de la esperanza, porque nos dice que la vida no termina con la muerte, sino que tenemos una trascendencia más allá de la vida material. es decir, una vida con el SER que no termina con el que es principio y es fin, al que vamos a llamar Dios.

### **3.4 Recuperar al Ser Humano**

Para poder recuperar al ser humano debemos ir a sus entrañas, es decir a sus fundamentos antropológicos. Porque en estos, vamos a encontrar los elementos, que nos permitirán recuperar lo que realmente es el ser humano, esto es, lo que lo hace ser persona, y desde Marcel el aspecto más determinante, será la dignidad. A partir, de concebir al ser humano como un sujeto de dignidad, nos apartaremos de la visión que comprende al hombre como una cosa, como un objeto, como una máquina, como algo que no tiene dignidad.

Para comprender de mejor modo la dignidad, analicemos, algunos de los pensamientos con mayor relevancia. Según Robert Spemann, si sólo fueran personas los seres que disponen actualmente de conciencia y esta a su vez se dignificaran por ella, sería legítimo matar a un hombre durante el sueño e impedirle despertar, pues mientras duerme no sería persona.

El deber de respetar su vida sólo podría derivar, pues, de nuestro deseo de dormir sin el temor de no volver a despertar. Reducir a la persona dice Spemann a ciertos estados actuales de conciencia del yo y racionalidad termina disolviéndola completamente: ya no exige la persona, sino sólo “estados personales de los organismos”. (Marcel, 1959, pág. 69).

Esta doctrina se halla en flagrante contradicción con nuestra intuición espontánea más elemental.” La verdad es que resulta imposible atenerse aquí a una interpretación expresada en lenguaje de relaciones” (Marcel, 2005, pág. 208)

Es, incluso, internamente contradictoria, pues los estados personales de consciencia no se pueden describir en absoluto sin recurrir a la identidad entre hombre y persona. Cuando alguien dice “yo nací en tal sitio”, yo no significo nada parecido a consciencia del yo, sino un ser que era lo que es antes de poder decir yo.

La personalidad es una constitución esencial, no una cualidad y mucho menos un atributo que se adquiere poco a poco. Según su punto de vista, dado que los individuos normales de la especie homo sapiens se revelan como personas por poseer determinadas propiedades, debemos considerar seres personales a todos los individuos de esa especie, incluso a los que todavía no son capaces, no lo son y o no lo serán nunca, de manifestarlas.

De ahí deduce que es lógico atribuir a las personas unos derechos que no se pueden conceder a los animales, porque la persona tiene una excelencia constitutiva que debe preservarse de manera diferencial y ello se debe contemplar en el cuerpo legislativo.” La corporeidad como zona fronteriza entre el ser y el tener. Todo tener se define en cierto modo en función de mi cuerpo, es decir, de algo que, siendo un valor absoluto, cesa por lo mismo de ser un tener en cualquier sentido que sea”. (Marcel, 1935, pág. 120).

La razón en la que respalda ese valor de la dignidad reside en su ser, frente al tener o no un comportamiento acorde con su índole humana. El concepto de dignidad escribe Spemann, se refiere a la propiedad de un ser que no sólo es “fin en sí mismo para sí mismo”, sino “fin en sí mismo por antonomasia” (Spaemann, 1989, pág. 100).

Lo que no acepta es que este rasgo quede exclusivamente entre los miembros de la especie humana, y lo que tampoco admite es que el mero hecho de tener la posibilidad confiera a un individuo en cuestión unos derechos superiores en relación con el resto de los seres vivos.

Es patente que toda concepción antropológica constituye a la vez una respuesta respecto del sentido existencial y también respecto a una pareja concepción del ser. Las concepciones del ser humano nos permiten advertir que la antropología filosófica (como una de las disciplinas de la filosofía) está intrínsecamente unida a la metafísica. Esto lo hacemos notar a continuación a propósito de cada una de ellas. En mayor o menor grado, la correlación entre hombre, sentido y ser se va evidenciando a propósito de cada concepción antropológica.”

Hombre, en particular de la enfermedad y de la muerte y su alcance ontológico. Pero es propio de la esencia de esta prueba el no poder reconocerla; es una llamada a una capacidad de interpretación o de asimilación que coincide con la misma libertad” (Marcel, 1935, pág. 125)

Para el homo sacer tanto el sentido de su existencia como del ser de la plenitud radica precisamente en lo sagrado y distintos fenómenos que se asocian con ello Para el homo Viator el sentido está dado justamente por la vía, el camino de salvación que compromete a su existencia íntegra.

A su vez todo lo que es, tiene su explicación, su justificación y su sentido último en Dios. Desde luego, cabe tener en consideración que ello corresponde al modo como nosotros, y a partir de nuestras matrices teóricas, observamos al homo sacer. Para el animal racional, la razón es la que le da el sentido a lo que decide, hace y a su existencia en plenitud. Pero también la razón, el logos, constituye una respuesta respecto del ser, de todo lo que es.

Para el ser humano como centro, el sentido que tiene cualquier fenómeno está predeterminado por el centro que se considera él mismo y al que todo remite. Al mismo tiempo, lo que es, cada fenómeno tiene una justificación en la medida en que se ajusta a las representaciones que tengo de él. El extremo de ello se expresa en la fórmula: ser = representación.

“Tentación casi irresistible, tan pronto como se hace la distinción entre mi vida y mi ser, de plantear el problema al sujeto de este ser, de preguntarse en qué consiste; aquí todo esfuerzo de representación esboza una respuesta a este problema o a este pseudoproblema” (Marcel, 1935, pág. 130).

Por lo tanto, si en cada concepción antropológica encontramos respuestas respecto de lo que somos, de cuál sería nuestro sentido de la existencia y del ser de la plenitud, advirtamos el papel singular que le cabe a toda respuesta, en que sucede que lo preguntado es cerrado, ya no es más propiamente visto.

Toda respuesta es, desde esta perspectiva, un arma de doble filo. La pregunta por el hombre como su afín pregunta por el sentido quedan atrapadas en cada respuesta, y entonces esto no permite que ni una ni otra afloren propiamente.

Las respuestas mantienen a estas preguntas en un estado latente como la bella durmiente. Pero, distinta es la situación cuando, por decirlo así, el hombre comienza a experimentar una “soledad metafísica” cada vez mayor, al no tener propiamente un centro fuera de él que le sirva como parámetro, como fue antes el cosmos o Dios.

Al estar ante todo centrado en sí mismo, se ve cada vez más en la necesidad de la pregunta por el sentido.” Un fin no existe, sí aproximativamente no se ve un medio de para realizarlo” (Marcel, 2005, pág. 210)

Y, habrá que esperar todavía un par de siglos para que el hombre se distinga, asumiéndose luego como posibilidad y proyección para que entonces estén todas las condiciones para que madure y aflore la pregunta por el sentido, irradiando incluso más allá de la filosofía al impregnar la cultura en su conjunto.

Hasta el ser humano como proyección lo que priman son las respuestas, y es recién desde ahí en adelante que la pregunta por el sentido aflora con fuerza, dando lugar a la vez al desarrollo de teorías del sentido. “La verdad es más bien que haya esperanza está comprometida en la trama de una experiencia en formación o, con otro lenguaje, de una aventura en curso” (Marcel, 2005, pág. 281).

### 3.5. Aportar una respuesta a la falta de fraternidad

A través de la historia de la humanidad, la persona ha sido testigo de la diversidad de acontecimientos que han rodeado el ser y acontecer de la vida de los individuos, sin embargo, el hecho más importante y sobresaliente para el individuo, ha sido el saber que, en algún momento de su existencia, éste tendrá que morir. Es por ello que la muerte se le presenta a la persona como el acontecimiento de acontecimientos, el hombre se sabe un ser finito, pero, al mismo tiempo desea en lo más íntimo de él, que el suceso del perecer, no ponga un punto final a su ser. “No es difícil observar que la esperanza así entendida supone una relación original de a conciencia con el tiempo, es por ello que el hombre ve a la muerte como una trascendencia” (Marcel, 2001, pág. 129)

Es por ello, que el individuo deberá de tratar de ofrecer una respuesta, que si bien, no será con carácter de ultimidad, ésta deberá contener un gran sentido de confortación para la persona que comprende que no puede eludir este momento, que tarde o temprano deberá de tomar postura con respeto a este evento, es más al evento de eventos, pues que podrá haber más serio que el hecho de morir. Es a partir de esta reflexión que en el presente capítulo estamos analizando, qué o cuál respuesta ofrece Gabriel Marcel a este asunto.

Este santo del amor fraterno, de la sencillez y de la alegría, que me inspiró a escribir la encíclica, Laudato Si, vuelve a motivarme para dedicar esta nueva encíclica a la fraternidad y a la amistad social. Porque san Francisco, que se sentía hermano del sol, del mar y del viento, se sabía todavía más unido a los que eran de su propia carne. Sembró paz por todas partes y caminó cerca de los pobres, de los abandonados, de los enfermos, de los descartados, de los últimos. (Francisco, 2021, p. 5)

Así el santo Padre nos invita a través de esta encíclica a dar una respuesta generosa a la unión de nuestra sociedad, nosotros también debemos poner de nuestra parte poder llegar a esta fraternidad que tanto nos pide el Santo Padre.

Es algo que nuestro autor ya nos venía pidiendo a través de la esperanza, tristemente la sociedad cada vez pierde más el sentido de esta, porque ha caído en la total desesperación.

La mejor manera de dominar y de avanzar sin límites es sembrar la desesperanza y suscitar la desconfianza constante, aun disfrazada detrás de la defensa de algunos valores. Hoy en muchos países se utiliza el mecanismo político de desesperar, sacar de quicio y polarizar. Por diversos caminos se niega a otros el derecho a existir y a opinar, y para ello se acude a la estrategia de ridiculizarlos, sospechar de ellos, cercarlos.

No se recoge su parte de verdad, sus valores, y de este modo la sociedad se empobrece y se reduce a la prepotencia del más fuerte.” Pero esto muestra simplemente qué las perspectivas humanas, que son las que aquí nos interesan únicamente, no podrían en modo alguno coincidir con la ciencia que prepara al pensamiento una ciencia objetiva de la vida” (Marcel, 2005, pág. 235)

La política ya no es así una discusión sana sobre proyectos a largo plazo para el desarrollo de todos y el bien común, sino sólo recetas inmediatistas de marketing que encuentran en la destrucción del otro el recurso más eficaz.

En este juego mezquino de las descalificaciones, el debate es manipulado hacia el estado permanente de cuestionamiento y confrontación.

### **3.6. La muerte como acceso a la trascendencia**

El pensamiento de Marcel está marcado desde la reflexión sobre la agonía y muerte, lo lleva a adoptar una postura más religiosa o cercana al cristianismo.

Para hablar de la muerte parte de la concepción del ser humano como un ser corporal y por ende temporal. Un “ser” cuyo “modo de ser” es una exigencia y participación en el ser: existencia. Se considera entonces al hombre en el tiempo.

El carácter temporal de la existencia humana es esencial es innegable, pues “la existencia no puede ser de ninguna manera atemporal” (Marcel, 1956, pág. 147), y Urabayen, prosigue, “pero no convierte al hombre en un ser para la muerte, en un ser cuya existencia está bajo el peso de la desesperación y la mortalidad. El tiempo es para el hombre la ocasión de perderse, o la oportunidad de ganarse, y esta alternativa está al alcance de la libertad.” (Urabayen, 2010, pág. 42)

Al igual que Heidegger, Marcel, tiene cierto favoritismo por el tiempo concebido como Kairós, como un estar siendo, un estar indeterminado pero adecuado y oportuno que libera al hombre de la angustia y le devuelve la esperanza, por el contrario:

“El tiempo cerrado conduce a una imagen del hombre como un ser abocado a la muerte, como un ser desesperado que vive un tiempo que se consume.” (Urabayen, 2010, pág. 43).

El tiempo cerrado surge al considerar éste desde el punto de vista del tener: el número de años de vida que uno tiene, “el tiempo que a uno le queda antes de la muerte y así visto este tiempo ahoga al hombre”. (Urabayen, 2010, pág. 48).

El tiempo cerrado al que se refiere no es más que una descripción del tiempo que estaba viviendo, profundamente marcado por la filosofía de la muerte de Dios. Esta muerte ha significado la desaparición de “una determinada manera de concebir bien a Dios mismo, o bien, hablando más propiamente, del modo determinado de relación que me une a ese Dios al que me refiero en tanto que hombre”. (Urabayen, 2010, pág. 47). La muerte de Dios es la pérdida de la referencia del hombre a Dios y, como resultado, la absolutización del hombre:

“El ser humano que ya no tiene una relación con Dios se convierte en su propio ídolo, pero lo trágico es que poco a poco éste se destruye así mismo”. (Seco J. , 1989, págs. 563-580). Con esta concepción no existen tales valores superiores, sino el desbordamiento al Nihilismo.

La muerte de Dios en el pensamiento de Nietzsche es la culminación de la transmutación de los valores porque, como decía uno de los personajes de Dostoievski, sin Dios todo es válido, pues los valores dependen de una jerarquía, que una vez rota, todo pierde su valía y la pérdida de los valores ha supuesto la agonía del hombre.” Lo trágico es que, a la muerte de Dios, acontecida en el XIX, le ha seguido la muerte del hombre en el XX.” (Urabayen, 2010, pág. 49).

Lo que le preocupa a Marcel, es que, con la muerte de Dios, el hombre carece de referencia y tiene que caminar sólo, deambula sin ningún apoyo ni asidero, en términos sartreanos, tiene que responsabilizarse de sí mismo, y responsabilizarse del resto, porque es un ser en el mundo y con los otros.

Y para Marcel a pesar de lo que piensan los existencialistas, no puede vivir sin nada a lo que aferrarse, sin algo que le indique una ruta a seguir. También, para Marcel detrás de la angustia está la muerte con su carácter trágico.

De modo que “el espectáculo de muerte que este mundo nos propone puede ser considerado, desde cierto punto de vista, como una incitación perpetua a la negación, al abandono absoluto”. (Marcel, 2003, p. 119) Esto ocurre, según él, cuando no se reconoce el ser trascendente, cuando se vive sin existir de cara a la trascendencia, la muerte sólo provoca angustia. Así surge “la desesperación como choque sufrido por el alma al contacto con un “no hay nada más”. (Marcel, 1935, pág. 103). Pero entonces surge la esperanza, que por su naturaleza está ligada a una cierta especie de lo trágico.

“Esperar es llevar dentro de sí cierta seguridad íntima de que, a pesar de las apariencias, la situación intolerable -la muerte- en que me encuentro no puede ser definitiva, debe tener una salida”. (Marcel, 1935, pág. 298).

En consecuencia, el paso final, es el abandono en el absoluto, es confiar el propio ser y el propio destino a quien nos otorgó la existencia.

Es decirle, no entiendo a la muerte, no quiero terminar en la intrascendencia, Dios, en ti confío, algo haz de hacer con mi vida. Con Marcel “la muerte es un misterio, no un problema, destaca a la muerte como en que es preciso optar, o por la destrucción del amor, o por su reflujo en el misterio inverificable, desde donde desafía a la ausencia.” (Ruiz, 1971, pág. 107).

Ejemplificando, Amar a un Ser equivale a decirle; no morirás, así este autor puede ver en la muerte el lugar donde emerge el Ser. Precisamente la razón del hombre crea una esperanza.

Finalmente, Marcel también ve en la muerte un: “fin irreversible del estado de la encarnación y de la temporalidad”. (Ruiz, 1971, pág. 108). Y hablando de la muerte de un hombre concreto Jesucristo, en la encarnación del Logos como hombre se manifiesta temporalidad de vida terrena. Quien ama no puede dejar su amor a la aniquilación de su amor por otro. La muerte de este hombre Jesucristo, es la muerte que implica dar su Ser total para beneficio de los demás, así es la muerte una prueba de amor como lo señala Marcel.

“Se inserta desde entonces, la noción nueva de una muerte sin angustia, muerte que nos ofrece una especie de hospitalidad, muerte que se puede esperar con certeza que nuestra condición existencial continua. La reflexión filosófica nos permite responder de mejor manera a la realidad del hombre, la reflexión Teológica mira a la muerte como nueva vida dada radicalmente por amor, amor que es capaz de llevar a los hombres a ver de manera distinta la muerte. La muerte. Esta se presenta a primera vista como una invitación permanente a la desesperación y diría que a la traición bajo todas sus formas”. (Marcel, 1935, pág. 150).

## CAPITULO IV

### HOMBRE COMO SUJETO DE DIGNIDAD

#### 4.1. La situación del hombre contemporáneo

Marcel en numerosas partes de su obra nos ofrece una mirada muy concreta y lúcida de la situación del hombre contemporáneo, que al mismo tiempo contiene rasgos aplicables al individuo de todos los tiempos. Para abordar este tema nos centraremos en las reflexiones que hace en la obra *Aproximación al misterio del ser*, en ella, se nos brinda un acercamiento muy penetrante y ordenado de la problemática de la persona actual.

La época moderna se caracteriza, según Marcel, por una desorbitación de la idea de función. Esta desorbitación no sólo afecta a la visión que tenemos de los artefactos o de la técnica, sino que el hombre mismo aparece como un “simple haz de funciones” (Marcel, 1987, pág. 23). Este reduccionismo se refiere tanto a las funciones vitales como a las sociales. En el caso de las funciones vitales, los grandes responsables de que se las mire como meras funciones son el materialismo histórico y el freudismo. “En cuanto a las funciones sociales, la misma sociedad se ha organizado de tal manera que funcionaliza al ser humano y lo reduce a su función de consumidor, productor, ciudadano, etc. (Marcel, 1987, pág. 24). Las funciones psicológicas que “podrían bien abrir una brecha en este panorama deshumanizador han sido asimiladas ya a las funciones vitales, ya a las sociales” (Marcel, 1987, pág. 24).

“Esta exacerbación de la idea de función nos lleva a considerar ciertos problemas, como el problema de la natalidad o el problema de la muerte, esencialmente humanos y complejos, bajo esta óptica reductora de la funcionalización” (Marcel, 1987, pág. 26). De esta forma, se comprende que ni siquiera las situaciones límites, son capaces de sacarnos de este espiral deshumanizador al ser incluidas instintivamente bajo esta óptica de la funcionalización:

“Incluso la muerte aparece aquí, desde un punto de vista objetivo y funcional, como la puesta fuera de uso, como lo inutilizable, como el desecho puro” (Marcel, 1987, pág. 26).

Las consecuencias de este mundo donde el hombre ha sido reducido a una función para Marcel están a la vista. El primer síntoma es “la asfixiante tristeza que se desprende de un mundo cuyo eje central es la función” (Marcel, 1987, pág. 26).

“El sordo e intolerable malestar experimentado por quien se ve reducido a vivir como si efectivamente se le confundiera con sus funciones” (Marcel, 1987, pág. 27), por lo tanto, esto conduce a la persona a un orden social cada vez más inhumano, debido a que el ser humano sólo se comprende en virtud de su funcionalidad, misma que lo aleja de lo que realmente es, esto es, una persona con dignidad.

Para Marcel este mundo funcionalizado es un mundo vacío, que fácilmente nos podría llevar a la desesperación total de la cual nos libramos gracias a que actúan en nuestra existencia ciertos poderes secretos que el tipo de vida actual no está en “condiciones de pensar, ni de reconocer” (Marcel, 1987, pág. 28). Estos poderes secretos, lejos de ser algún tipo de esoterismo, son aquellas corrientes vitales que confabulan para que “la vida no caiga en esta desesperación y las que si tomáramos en serio podrían llenar nuestra vida” (Marcel, 1987, pág. 28).

El vaciamiento del mundo, ligado a la total funcionalización del hombre, tiene que ver con dos categorías claves para Marcel: problema y misterio.

Este mundo funcionalizado ha reducido todo a problema, es decir, ha eliminado o ha tratado de eliminar el misterio, poniendo “en juego, en presencia los acontecimientos que rompen el curso de la existencia, como el nacimiento, el amor, la muerte, esta categoría psicológica y pseudocientífica de lo enteramente natural” (Marcel, 1987, pág. 28). Es decir, cada vez que el hombre se encuentra frente a acontecimientos que no son entendibles en meras categorías de funciones o que no pueden ser abarcadas por una mentalidad científicista, en vez de abrirse a otras categorías más comprensivas, degrada el asunto en cuestión reduciéndolo a algo «enteramente natural», incapaz de

ver en él la densidad significativa que envuelve. Para Marcel, esta actitud muestra a un “racionalismo degradado, dentro del cual, la causa explica el efecto, es decir, da cuenta de él plenamente” (Marcel, 1987, pág. 28).

Sin embargo, como es obvio, esta actitud «problematizadora» no agota las cuestiones, por lo que hay lugar para infinitas investigaciones. Por otro lado, los problemas teóricos, que podrían eventualmente dejar un lugar al misterio, se han puesto al servicio de los problemas técnicos, como medios para resolverlos.

#### **4.2. Hombre frente al misterio**

Marcel ve en el hombre una posibilidad de superar la estrechez del problema para encumbrarse a regiones más profundas de la vida, es decir, para encaminarse al ámbito del misterio. Esta posibilidad de abrirse al misterio, a saber, a aquellas realidades en las que de algún modo estoy ya comprometido y que no se pueden reducir a un análisis calculador, clasificador, la denomina la exigencia ontológica.” Paso del problema al misterio. Hay aquí una degradación: un problema entraña un misterio en tanto sea susceptible de repercusión ontológica (problema de la supervivencia)”. (Marcel, 1935, pág. 160)

Podríamos decir que esta exigencia ontológica es análoga a la necesidad de sentido, a la necesidad íntima que todos tenemos de saber que, más allá de todas las apariencias contradictorias y confusas, la realidad tiene una coherencia. Incluso en los más acendrados pesimismos filosóficos, Marcel ve presente esta exigencia:

“El pesimismo sólo adquiere sentido cuando dice: sería necesario que el ser fuera, pero el ser no es, y, por tanto, yo mismo que hago esta comprobación soy nada” (Marcel, 1987, pág. 30).

Así vemos que la ontología de Marcel, lejos de presentarse como una cuestión teórica, se refiere a una experiencia del ser. En cuanto a lo que se refiere con la palabra ser, propone un acercamiento tipo vía negativa, diciendo lo que el ser no es:

“El ser es aquello que se resiste o sería aquello que se resistiría a un análisis exhaustivo sobre los datos de la experiencia y que tratara de reducirlos progresivamente a elementos cada vez más desprovistos de valor intrínseco o significativo”. (Marcel, 1987, pág. 30). Es decir, para Marcel el ser es aquello que se sitúa precisamente más allá de lo problemático, más allá de ese acercamiento a la realidad propia del científico que tiende a acotar, clasificar, explicar por causas y efectos.

Como decíamos, nuestro filósofo arguye en ciertas filosofías que niegan todo sentido, una afirmación implícita de la necesidad de ser que tenemos. Sin embargo, reconoce la posibilidad de que una filosofía se niegue a reconocerla. Precisamente es ese el giro que ha tomado, a su juicio, el pensamiento moderno.

“Es posible una filosofía que se niegue a tener en cuenta la exigencia ontológica: y justamente hacia esta abstención es hacia donde ha tendido el pensamiento moderno en su conjunto”. (Marcel, 1987, pág. 31).

Esta abstención frente al problema ontológico aparece como “un agnosticismo o más radicalmente toma la forma de un pensamiento que ve en la exigencia ontológica la expresión de un dogmatismo caduco”. (Marcel, 1987, pág. 31).

Hasta ahora nos hemos movido en un plano descriptivo, fenomenológico, que reconoce al mismo tiempo que el mundo se ha vuelto un lugar funcionalizado que tiende a dejar en el hombre un gran vacío, la necesidad que todos tenemos de encontrar un sentido, en donde la realidad sea más que un juego de apariencias.

El más agnóstico y pesimista de los filósofos podría concordar con nuestro autor, pues no hemos aventurado ningún juicio metafísico. Toda esta necesidad podría ser simple y meramente eso: una necesidad. Ahora bien, el que esta necesidad pueda encontrar una satisfacción en otro plano, escapa ya al ámbito fenomenológico y nos lleva a consideraciones metafísicas.” La razón de este hecho debe buscarse evidentemente en el sentimiento de superioridad que experimenta con razón o sin ella” (Marcel, 2005, pág. 169).

Este es el salto que hace Marcel. A nuestro juicio pasa casi imperceptiblemente de una fenomenología de la necesidad ontológica a una metafísica del misterio ontológico. ¿Es un paso legítimo? Creemos que Marcel no pretende probar la necesidad lógica o metafísica de este paso. Simplemente aventura ciertas ideas que no quieren dirigirse a nosotros bajo la forma de un discurso necesario que se imponga por su propia lógica, sino bajo la forma de un discurso insinuativo que se dirige a nuestra libertad.

El misterio ontológico aparece en primer lugar como una exigencia de trascendencia, en la medida que es vivida como una insatisfacción, como la necesidad de completar algo que falta:

Es necesario que haya —o sería necesario que hubiera—ser; que no todo se reduzca a un juego de apariencias sucesivas e inconsistentes —esta última palabra es esencial— o, como diría Shakespeare:

“A una historia contada por un idiota; en este ser, en esta realidad yo aspiro ávidamente a participar de alguna manera; y quizá esta misma exigencia sea ya, en cierto grado, una participación por rudimentaria que sea. (Marcel, 1987, pág. 30)

En todo caso, el misterio ontológico no puede mirarse como una mera necesidad psicológica, sino se trata “de un impulso surgido de las profundidades que únicamente puede interpretarse como un llamado” (Marcel, 1964, pág. 230).

Por eso mismo, al ser esencialmente un llamado, no se puede reducir su cumplimiento a un «simple decreto del querer», sino que implica “la cooperación de multitud de condiciones sobre las cuales el sujeto no tiene influencia directa” (Marcel, 1964, pág. 52).

Este misterio aparece también como una presencia o como la “realización interior de la presencia en el seno del amor que trasciende infinitamente toda verificación concebible, porque se ejerce en el seno de un inmediato situado más allá de toda mediación pensable” (Marcel, 1987, pág. 32). Esta presencia es también sentida como plenitud, una “plenitud que se oponga al vacío interno de un mundo funcionalizado”.

(Marcel, 1964, pág. 235). Puede parecer vago u oscuro el acercamiento que hace a este asunto. Sin embargo, es absolutamente consecuente con la naturaleza de la cuestión que trata. El misterio ontológico está por definición más allá o más acá como se quiera de aquellas realidades problematizables, verificables, precisables. Por lo tanto, la única forma de acercarnos a este tipo de realidad es a través de un lenguaje analógico, metafórico que se construye más que a partir de definiciones y sentencias, a través de sucesivos acercamientos que nunca agotan el tema de que se trata. “Un misterio es un problema que avanza sobre sus propios datos, que los invade, y que se rebasa por eso mismo como simple problema”. (Marcel, 1987, pág. 38).

La dificultad con que nos encontramos al reflexionar sobre lo que es el misterio estriba en que precisamente en este esfuerzo por desentrañar lo que él implica lo desvirtuemos llevándolo al nivel de problema: “Vemos inmediatamente que no se puede trazar una línea demarcatoria entre problema y misterio. Pues un misterio colocado ante la reflexión tiende inevitablemente a degradarse en problema” (Marcel, 1987, pág. 38). Para ilustrar esta dificultad, Marcel nos ofrece lo que sucede con el misterio del mal: “El mal puramente comprobado o contemplado deja de ser el mal sufrido: simplemente, deja de ser el mal. En realidad, sólo lo capto como mal en la medida en que me ataño, es decir, en que estoy implicado en él”. (Marcel, 1987, pág. 39).

Otra de las formas que Marcel utiliza para nombrar al misterio es mediante la noción de lo meta problemático. Se refiere a lo mismo, pero en vez de ser una noción positiva, hace alusión al misterio a partir de lo que no es o de lo que trasciende. El misterio es aquello que va más allá de lo problemático: lo meta problemático. Usando esta terminología, Marcel se pregunta por el estatus ontológico de lo meta problemático, por su carácter de realidad. ¿El misterio o lo meta problemático no se podría mezclar acaso con las más ingenuas ilusiones y supersticiones? ¿Su carácter de irreductibilidad a la experiencia verificadora no lo vuelve en un peligroso elemento frente al cual, la razón no tiene cómo resguardarse? Sin duda estas objeciones, siendo legítimas, nuevamente nos colocan en un plano donde lo meta problemático se nos escapa en su ser, pues intentan llevarlo al ámbito de la comprobación, campo que le es ajeno. Marcel, en todo caso, no duda de la realidad de lo meta problemático.

Pensar, o más exactamente, afirmar lo meta-problemático es afirmarlo como indudablemente real, como algo de lo cual no puedo dudar sin contradicción. Estamos aquí en una zona en la que ya no es posible disociar la idea misma y la certeza o el índice de certeza que la afecta. “Pues esta idea es certeza, es garantía de sí; en esta medida es otra cosa y más que una idea”. (Marcel, 1987, págs. 43-44).

Marcel partiendo de una fenomenología, pasa a una metafísica de la existencia humana. Al fundamentar, la propia existencia, en la concepción expuesta, en cuanto lo que él llama exigencia y misterio ontológico. Con la noción de misterio ontológico, de algún modo nos muestra una esfera que va más allá de lo empírico y verificable sin decirnos positivamente qué podemos afirmar sobre aquello que fundamenta nuestra existencia. Las nociones de ser encarnado y de participación nos ayudarán a caracterizar esta metafísica Marceliana.” Todo nos prepara, pues, a reconocer que la desesperación es en un cierto sentido la conciencia de tiempo cerrado, o más exactamente aún, de tiempo como prisión-mientras que la esperanza se presenta como captada a través del tiempo”. (Marcel, 2005, pág. 290)

### **4.3. Ser encarnado**

El punto de partida de la reflexión metafísica Marceliana es el misterio del ser encarnado. Aquí se enfrenta frontalmente a Descartes. Contrapondrá al cogito como hecho central sobre el que se edifica el pensamiento de este último, la encarnación como dato central de la metafísica. El núcleo de esta polémica gira en torno a la concepción de existencia que maneja Marcel”. sustitución de la presciencia por la copresencia; pero la copresencia no es menos susceptible de expresarse en términos de coexistencia. No olvidar nunca que Dios no es alguien”. (Marcel, 1935, pág. 170)

La principal crítica que le hace a Descartes es el hecho de haber puesto entre paréntesis la existencia. Para Marcel en la existencia no hay nada que sea problemático. El hecho de dudar de ella es contradictorio, pues se parte de una idea de existencia y luego se le aplica a eso que en el caso de Descartes soy yo mismo.

Sin embargo, esa idea, ¿de dónde se origina? La única manera de hacerse una idea concreta de la existencia es partiendo de un esto que existe con toda seguridad. Pues bien, al poner Descartes en duda toda existencia, su propia idea de existencia se esfuma, pasando a ser una pseudo idea “que no se trae ninguna carta de crédito”. (Marcel, 1956, pág. 310).

Por otro lado, esa idea o pseudo idea puede ser utilizada sólo a condición de hacer una dualidad entre la existencia y el existente. Sin embargo, la existencia o la inexistencia, con mayor razón, no es un predicado, como definitivamente lo demostró Kant. Así se ve que esta ruptura entre la idea de existencia y el existente, es algo sólo permitido por la estructura de nuestro lenguaje, pero existencia y cosa existente para Marcel no pueden dissociarse. Por el contrario, estamos en presencia de una «síntesis evidente, real o no, y en la cual no puede hacer mella la duda». La única manera de obrar aquí y realizar tal separación es obrar por «decreto», negando lo indubitable de la existencia, el índice existencial. La pregunta por mi existencia, para ser lógicamente coherente, según lo que hemos dicho, presupone un “mundo existente”. (Marcel, Diario Metafísico, 1956, pág. 320). En todo caso, nuestro autor no propone a cambio una certeza demostrativa del yo.

La existencia cuya primacía se impone reconocer a nuestro juicio —y eso por un acto de verdadera humildad espiritual—, esa existencia que se funde con lo existente no puede afirmarse de ninguna cosa particular y designarlo, ni siquiera del yo; y nunca se usará de bastante prudencia en la elección de las fórmulas destinadas a traducir lo que “es menos una inmanencia abstracta que una presencia efectiva”. (Marcel, 1956, págs. 320-321).

Con esto Marcel quiere plantear la existencia como un indudable que tiñe toda mi experiencia, pero, por lo mismo, no es acotable a un esto o a un aquello. Se trata de una presencia absoluta. Como consecuencia del cuestionamiento de la existencia que hace Descartes, para Marcel se pierde el dato metafísico central que es el dato de la encarnación, que siempre se refiere a tener un cuerpo que es sentido como mi cuerpo.

Al perderse este dato y desconocer la fuerza de que se trata del mí, de la posesividad, el pensamiento cartesiano se construye sobre la base de una certeza racional universal, perdiendo la existencia sus rasgos concretos, personales, trágicos.

“No sólo tenemos el derecho de afirmar que los otros existen, sino que estaría dispuesto a sostener que la existencia no puede ser atribuida más que a los otros en tanto que otros”. (Marcel, 1935, pág. 180)

Esto lleva a un tipo de pensamiento que pretende la universalidad absoluta, accesible a cualquier sujeto bajo ciertas condiciones. La reflexión Marceliana, en cambio, comprometería al ser mismo que la realiza, pues en cada afirmación o negación que haga, es su misma existencia la que cae bajo el influjo de sus conclusiones, con lo cual volvemos a la distinción clave entre problema y misterio:

Y, sin embargo, yo, que formulo este problema, debería poder mantenerme fuera —más acá o más allá— de ese mismo problema que formulo. En realidad, está claro que no ocurre así; la reflexión me muestra que este problema invade, de alguna manera, de modo inevitable, ese proscenium teóricamente preservado”. el acto por el que el sujeto introduce objetos, por así decir, en el seno de sí mismo, la existencia de los otros resulta impensable — y sin duda alguna cualquier otra existencia” (Marcel, 1935, pág. 187).

“Sólo mediante una ficción el idealismo, en su forma tradicional, intenta mantener al margen del ser una conciencia que lo afirme o que lo niegue”. (Marcel, 1987, pág. 33). Sin embargo, por otro lado, también Descartes tuvo una inquietud por la existencia individual. De hecho, su reflexión parte preguntándose por ella. Pero al encontrar en el cogito la certeza de su existencia, su pensamiento pierde el carácter concreto para elevarse en una abstracción impersonal.

Contrariamente a la idea que ha de presentarse aquí de modo natural, pienso que en este plano el cogito no puede prestarnos ayuda alguna.

No obstante, lo que Descartes haya podido pensar de ello, si él nos pone en posesión de algo indudable, este algo concierne sólo al sujeto epistemológico como órgano de un conocimiento objetivo. “El cogito, he escrito en otra parte, guarda el umbral de lo universalmente válido, y eso es todo; la prueba de ello está en la indeterminación acerca del yo”. (Marcel, 1987, págs. 33-34).

Este intento cartesiano de establecer un «sujeto epistemológico como órgano de un conocimiento objetivo» tiene en su base a un dualismo criticado por Marcel: la “disociación entre lo intelectual y lo vital”. (Marcel, 1987, pág. 34). Si queremos pensar los problemas metafísicos es fundamental restablecer esta unidad:

Es cierto que es legítimo hacer distinciones jerárquicas en el seno de un ser vivo que piensa y se esfuerza por pensarse; “pero el problema ontológico se plantea más allá de esas distinciones y para ese ser tomado en su unidad total” (Marcel, 1987, pág. 35).

Finalmente, Marcel reprocha a Descartes el plantear a la conciencia como un “círculo luminoso, alrededor del cual, no habría más que tinieblas”. (Marcel, 1969, pág. 18). Es decir, critica la pretensión de transparencia de la conciencia. Para él la conciencia no es transparente para sí misma, sino al contrario “la sombra está al centro” (Marcel, 1969, pág. 18). Esta “ocultación de la conciencia se produce por algo que no me es dado” (Marcel, 1969, pág. 134).

Marcel plantea que en el centro del yo hay un misterio, que finalmente lo llevará a plantear que ese ser que es mi ser es un ser participado.

Para Marcel la encarnación se presenta como el dato central de la metafísica. La encarnación es la “situación de un ser que se presenta como ligado a un cuerpo”. (Marcel, 1969, pág. 15).

La reflexión primera, aquella propia de las ciencias, tiende a desconocer esa posesividad, a “romper el frágil lazo significado por la palabra ‘mío” (Marcel, 1964, pág. 95). Sin embargo, para nuestro autor, este hecho radical es el punto de partida y fundamento de toda objetividad y de todo conocimiento.

Para Marcel me encuentro desde siempre con un cuerpo que es sentido como mío. Esta posesividad radical me permite, de un modo misterioso, al mismo tiempo que «hablar sobre mi cuerpo» —con lo cual puedo establecer cierta distancia con él—, sentir que ese cuerpo es una parte esencial de mi ser, tan esencial, que cualquier ataque sobre él lo sentiré como un ataque sobre mi persona. En esto consiste el misterio del ser encarnado, misterio que me hace sentir mi cuerpo de este modo ambiguo”. La verdad es más bien que, como todas las realidades que constituyen las bases del orden natural, comenzando por encarnación, es decir, el hecho de estar unido a un cuerpo” (Marcel, 2005, pág. 48)

¿Cómo describir este lazo que tengo con mi cuerpo? Aquí Marcel de partida descarta cualquier interpretación dualista. En términos fenomenológicos quizás la expresión más adecuada es decir que se trata de mi cuerpo, con toda la ambigüedad que el mi presenta. Sin embargo, para nuestro autor, más allá de cualquier posesión, “hay un núcleo sentido y ese núcleo no es otra cosa que la experiencia —irreductible a términos intelectuales— del lazo por el cual el cuerpo es mío” (Marcel, 1964, pág. 99). Es decir, esta posesividad es ante todo una experiencia que más que ser descrita, debe ser “aludida o evocada”. (Marcel, 1964, pág. 95). Este misterioso lazo se presenta de modo tan radical, que me hace imposible saber qué será de mí cuando ese “vinculum se haya roto con la experiencia de la muerte”. (Marcel, 1964, pág. 102). El cuerpo, en tanto experiencia radical y primera de posesividad, pasa a ser fundamento de toda experiencia de posesión: Mis posesiones, en cuanto me apego a ellas, se presentan como complementos de mi cuerpo, de tal modo que “tener, en el sentido preciso de la palabra, debe pensarse en analogía con la unidad sui generis que constituye mi cuerpo en tanto mío”. (Marcel, 1964, pág. 100).

Sin embargo, esta relación estrecha, esencial, tiene siempre el riesgo de ser desnaturalizada al objetivarla, al ponerla delante de mí, olvidando que el vinculum es ante todo algo sentido, inobjetable.

Sólo es legítimo decir soy mi cuerpo cuando se reconoce que el cuerpo no es asimilable a un objeto, o a una cosa.

Mientras mantengo con él cierto tipo de relación esta palabra no es perfectamente adecuada que no se deja objetivar, puedo, afirmarme como idéntico a mi cuerpo, y aun la palabra objetividad es inadecuada, “por cuanto es aplicable a un mundo de cosas y de abstracciones que la encarnación trasciende inevitablemente”. (Marcel, 1964, pág. 102).

Marcel al usar la palabra encarnación está consciente de los equívocos a que tal uso puede dar cabida, especialmente al ser asimilada naturalmente al misterio cristiano. No obstante, es la manera más adecuada que encuentra para designar la situación<sup>186</sup> “de un ser ligado esencialmente y no accidentalmente a su cuerpo”. (Marcel, 1964, pág. 102).

Esta relación esencial, como venimos diciendo, es experimentada ante todo como un sentir, “un sentir mi cuerpo. De ese modo, este hecho de tener un cuerpo que es mi cuerpo pasa a ser también fundamento de todo sentir, teniendo mi cuerpo «prioridad absoluta con respecto a todo lo que puedo sentir”. (Marcel, 1964, pág. 103). En este punto, se evita cualquier interpretación del cuerpo que lo asimile a un instrumento a través del cual yo sentiría, pues el instrumento que es una prolongación del cuerpo tiene siempre una comunidad de naturaleza con el cuerpo, ya que ambos son entidades prolongadas, por lo que nos veríamos obligados a decir que el yo que usa el cuerpo como una extensión suya es él mismo corporal, pero “si lo es, es un instrumento de alguna otra cosa, y así in infinitum”. (Gallagher, 1966, pág. 49).

Lejos de eso, el sentir es una experiencia primaria inobjetable que no se deja explicar por algún tipo de consideración posterior al ser ella misma fundamento de toda consideración, pues esta experiencia de la encarnación es el modo privilegiado como estoy en el mundo. “Debemos reconocer la necesidad de hacer intervenir lo que llamaría un inmediato no mediatizable que está en la raíz misma de la existencia”. (Marcel, 1964, pág. 109).

Ese inmediato no mediatizable que es mi ser encarnado, hace las veces de un existencial indubitable y como tal, es el punto de partida de toda reflexión y de toda experiencia del mundo. El cuerpo es el mediador absoluto entre yo y el mundo.

Esta forma «corporal» de «ser en el mundo», condiciona en forma absoluta mi «percibir el mundo», en la medida que mi cuerpo, en tanto mío y “presencia sólida y globalmente experimentada”. (Marcel, 1964, pág. 221) en cuanto «espesor vivido», me lleva a conferir a las otras cosas, en la medida que son evocadas por mí como existentes, un espesor de un orden análogo al que le confiero a mi cuerpo. Es decir, en ese sentido, podemos afirmar también que el cuerpo será el fundamento de todo juicio de existencia: “Toda existencia se construye para mí sobre el tipo y en la prolongación de la de mi cuerpo”. (Marcel, 1956, pág. 267).

La encarnación, en el pensamiento de Marcel, se presenta como una clave interpretativa de toda su filosofía. No entraremos aquí a demostrarlo, pero sí quisiéramos ofrecer algunas reflexiones en torno a la cuestión. En primer lugar, a través de la encarnación, como lo hemos insinuado, se pretende poner fin a toda interpretación dualista materia-espíritu, alma-cuerpo. Sin desconocer estas polaridades, de modo de no caer en un materialismo o en un espiritualismo, Marcel reconoce que en estos puntos se da una unidad indisoluble y misteriosa. De esta forma se ilumina bastante, por ejemplo, el tema del espíritu. A ese respecto, consecuente con esta visión, Marcel señala que “el espíritu sólo se constituye a condición de encarnarse” (Marcel, 1964, pág. 184).

Relacionado con esto, Marcel planteará la posibilidad de superar las aporías planteadas por el idealismo y el materialismo. Ellos tienden a desconocer al cuerpo, en el caso del primero, y al espíritu, en el caso del segundo: “Bien entendido, lo que es común aquí al idealismo y al materialismo es la repulsa radical que oponen al dato básico que constituye la encarnación” (Marcel, 1959, pág. 109).

Otra de las perspectivas de la encarnación, está en la posibilidad de superar en forma categórica el dualismo sujeto-objeto. En ella se presenta superada tal dualidad: “De este cuerpo no puedo decir ni que es yo, ni que no es yo, ni que es para mí (objeto). De entrada, la oposición sujeto-objeto se halla trascendida” (Marcel, 1969, pág. 15). Desde el momento en que la encarnación.

“Me lleva a conferir a las otras cosas, en la medida que son evocadas por mí como existentes, un espesor de un orden análogo al que le confiero a mi cuerpo” (Marcel, 1964, pág. 221), también puedo trascender la oposición sujeto-objeto en mi experiencia con el mundo.

Estas son algunas de las consecuencias planteadas por lo que Marcel llama la «exigencia de encarnación».

” Se descubre entonces que precisamente esta participación sobrepasa el orden de lo problemático — de aquello que se puede plantear como problema. (Marcel, 1935, pág. 135)

#### **4.4. La participación**

Marcel cree que este modo peculiar de “abrirme al mundo y de ser en el mundo” (Marcel, 1964, pág. 189), que es a partir de mi ser encarnado, testimonia de modo privilegiado la esencia de mi relación con el mundo que es a través de la participación. En la obra: *El Misterio del Ser* se nos describe en qué consiste esto de la participación.

Entonces podré, con ciertas precauciones, estudiar el problema de la participación en el ser a partir de un ejemplo existencial. Lo que he dicho de la imposibilidad de una Misis se aplica evidentemente aquí: no puedo decir de ninguna manera que tal objeto o tal ser en tanto que existe participa de la cualidad de existir, y que deja de participar de ella cuando cesa de existir. (Marcel, 1935, pág. 199).

Marcel ve en el hombre algo que él llama la voluntad de participación. Se trata de cierta disposición interior, no representable, que nos lleva a desear tomar parte en una empresa, a desear sentirnos parte, más allá de los beneficios o costos que ello traiga, como se puede observar en la participación de sujetos en ciertas empresas dolorosas y costosas, tales como las distintas resistencias a las ocupaciones, por ejemplo, El tema de la resistencia la francesa en la segunda guerra mundial produjo un fuerte impacto en Marcel:

En lo que se refiere a mi evolución interior, cobra importancia fundamental toda la serie de problemas que traía consigo la resistencia francesa, por un lado, y los crímenes de los nazis y de los soviets". (Marcel, 1964, pág. 114).

Sin embargo, debemos ir más allá y reconocer que esta voluntad de participación sin la cual "la experiencia humana más irrecusable se torna ininteligible". (Marcel, 1964, pág. 114), no sólo se expresa como una disposición interior o un deseo de tomar parte, sino que define los vínculos primarios y radicales que tenemos con la realidad, como lo podemos apreciar al ver el lazo.

"Que une al campesino a la tierra, o al marinero al mar". (Marcel, 1964, pág. 113).

Se trata de un lazo constitutivo no objetivable, donde incluso la distinción sujeto-objeto pierde sentido. En la participación, el conocimiento objetivo pierde su sustancia, puesto que "cuanto más participo efectivamente en el ser menos capacidad tengo de saber o decir en qué participo". (Marcel, 1959, pág. 71). El misterio de la participación de alguna manera expresa el lazo que me une con lo real. "Desde el momento en que negamos la participación, estamos negando al mismo tiempo nuestros lazos con la realidad". (Marcel, 1954, pág. 156).

Para Marcel, "el sentir es uno de los modos privilegiados que toma la participación, reconociendo que dicha experiencia excede considerablemente los límites del sentir". (Marcel, 1964, pág. 122).

Sin embargo, podemos agregar nosotros, que desde el momento en que el sentir fundamenta y expresa esa relación esencial con mi cuerpo, cuerpo que es la manera que estoy en el mundo, el sentir se transforma así en el fundamento de toda participación.

La participación, que para Marcel no es otra cosa que la manera de expresar la manera que en que estoy inserto y envuelto radicalmente en el misterio ontológico, encuentra su expresión y actualización más concreta en la intersubjetividad. A continuación, mostraremos algunos de los principales rasgos de la intersubjetividad, para finalmente mostrar, a partir de esos rasgos, como la participación se da ante todo en ella.

Cuando nos referimos al misterio ontológico dijimos que éste tiene que ver con una experiencia, con una presencia que viene a llenar una necesidad de sentido, de ser. Justamente debido a estos rasgos del misterio ontológico, la participación en él no se puede producir sino a partir de una plenitud vivida, de una experiencia de sentido contundente. Para Marcel tal experiencia está mediada necesariamente por la intersubjetividad, pues al tratarse de una experiencia de plenitud vivida, tal carácter no le puede venir de “mi experiencia considerada en su aspecto privativo”. (Marcel, 1964, pág. 207), sino que requiere necesariamente vivirse en la dinámica del con.

De ese modo la metafísica Marceliana, se distanciará radicalmente de la cartesiana: una toma de posición semejante de inmediato pone de relieve el carácter esencialmente anti cartesiano de la metafísica hacia la cual vamos a tener que orientarnos.

No basta decir que es una metafísica del ser: "es una metafísica del somos, por oposición a la metafísica del yo pienso". (Marcel, 1964, pág. 207).

La primera dificultad con que nos encontramos al analizar la intersubjetividad es que ella no es algo que se pueda comprobar, pues lo comprobable son los hechos, algo que se me da, pero precisamente la intersubjetividad no es algo que se me da, puesto que estoy implicado en ella, incluso más, es la condición “para que algo me sea dado”. (Marcel, 1964, pág. 208). La única forma de acercarnos al nexo intersubjetivo es reconociéndolo como aquello en lo cual ya estamos. Aunque intentemos traducirlo y expresarlo en un enunciado, “nos encontramos con la dificultad de que la intersubjetividad es la condición misma de todo enunciado” (Marcel, 1964, pág. 209). Marcel, que siente un especial afecto por la música y por sus metáforas, señala que “la intersubjetividad se asemeja a aquél universo en que me sumerjo cuando improviso en piano, aquel mundo de donde extrae sus melodías el músico”. (Marcel, 1964, pág. 212).

Podríamos decir que, si bien para Marcel el misterio ontológico tiene una precedencia con respecto a la intersubjetividad, en la medida en que ésta está «envuelta», sumergida en el misterio, debemos afirmar que para nuestro autor el misterio

ontológico acontece, se realiza y se constituye en la intersubjetividad. Es tan fuerte el lazo entre estas dos nociones, que “el espesor del ser se adelgaza en la medida en que el ego pretende atribuirse una posición central en la economía del conocimiento” (Marcel, 1964, pág. 213). Podríamos decir que para Marcel no hay posible aproximación concreta al ser sino a través de la relación auténtica: “no me preocupo por el ser, sino en la medida en que tomo conciencia más o menos indistinta de la unidad subyacente que me une a otros seres cuya realidad presiento”. (Marcel, 1964, pág. 214). Al mismo tiempo, toda comunidad que no se arraigue profundamente en lo ontológico, termina por disolver aquello que la constituye: “los lazos reales humanos”. (Marcel, 1964, pág. 213).

Aquí pareciera estar identificando Marcel al misterio ontológico con aquello que nos une a los demás seres.

Para comprender mejor la fuerza que Marcel le da a la intersubjetividad, es necesario que nos concentremos en otro aspecto de gran importancia: el hecho de que cada uno de nosotros lleva en sí el sello de la intersubjetividad.

Marcel afirma en forma categórica nuestra dimensión intersubjetiva: “Pero tenemos que penetrar más hondo y reconocer que la intersubjetividad afecta al sujeto mismo, que lo subjetivo en su estructura propia es ya profundamente intersubjetivo”. (Marcel, 1964, pág. 167).

Este hecho tiene importantes consecuencias que hacen que esta filosofía sea un esfuerzo contundente por superar el solipsismo moderno. De hecho, el propio yo, se constituye esencialmente en relación con otros en el reconocimiento que encuentra en ellos.

Desde muy temprano se opera en el ser humano una conjunción, una articulación entre esa conciencia de existir que, sin duda, no tenemos razón valedera para negar al animal, y la pretensión de hacerse reconocer por el otro –ese testigo, esa ayuda, o ese rival, o ese adversario que, a despecho de lo que se haya podido decir, es parte integrante de mí mismo. “Pero cuya posición puede variar casi indefinidamente en mi campo de conciencia”. (Marcel, 1954, págs. 17-18).

A propósito de esta constatación, Marcel logra vincular de un modo novedoso la experiencia personal con la ajena: “Llegaré así a un extraño y maravilloso descubrimiento: a medida que me elevo a una percepción verdaderamente concreta de mi propia experiencia, estoy en condiciones de acceder a una comprensión efectiva del otro, de la experiencia del otro”. (Marcel, 1964, pág. 206).

De ese modo, la experiencia personal aparece como un lugar privilegiado de comprensión de la experiencia ajena, con lo que se rompe cualquier riesgo de concebir a un sujeto encerrado en su propio mundo interior. Por otro lado, la experiencia ajena nos permite comprender y desarrollar la propia, pues “sólo a partir de los otros podemos comprendernos y fundar un auténtico amor de sí que no caiga en un egocentrismo”. (Marcel, 1964, pág. 207).

Esto nos abre a una paradoja que quiebra los esquemas moralizantes que tienden a ver en la preocupación por sí mismo un riesgo para la auténtica comprensión y preocupación por los demás y la preocupación por los demás como un riesgo para el sujeto. En el plano de la intersubjetividad, que para Marcel será el del amor, estas distinciones entre el otro y el yo como realidades contrapuestas pierden sentido. Contrario a lo que se suele sostener —como corolario a lo dicho en el párrafo anterior—, la comprensión concreta de sí no es siempre egocéntrica. Es más, el egocentrismo, lejos de ser una intelección o comprensión desmesurada de sí, para nuestro autor “es posible en un ser que no es efectivamente dueño de su experiencia, que no la ha asimilado verdaderamente”. (Marcel, 1964, pág. 207).

Es decir, el egocéntrico, paradójicamente, está descentrado de sí mismo, lo que lo hace cegarse y cerrarse a los demás, pues cada uno, en sus profundidades, tiene el sello de la intersubjetividad, por lo que una cerrazón a la propia experiencia conlleva una cerrazón a la ajena y, al mismo tiempo, una cerrazón a la ajena implica una cerrazón a la propia, pues “mi experiencia está en comunicación real con las otras experiencias y no puede separarse de ellas sin separarse de sí misma”. (Marcel, 1964, pág. 207).

Como hemos intentado mostrar, la participación es la manera que describe nuestra manera de estar insertos en el mundo y en el misterio ontológico. Este misterio, como señalamos, se realiza y concreta en la intersubjetividad, que lejos de ser un lazo tenue o un sentimiento vago, es aquel dominio "donde la vida está afectada con el signo con" (Marcel, 1964, pág. 164), aquella comunión que permite la comunicación real y la posibilidad misma que pueda reconocerse" en mi mismidad y no sentirme como un extraño". (Marcel, 1964, pág. 186).

Por lo tanto, desde el momento en que la noción de participación está referida esencialmente al misterio ontológico y partiendo de la base de que el misterio acontece y se concreta en la intersubjetividad, tenemos que la participación se plasmará ante todo en la intersubjetividad. Los individuos se sentirán participando en el misterio, en la medida que "llegan a conocerse individualmente y a reconocerse en la singularidad de su ser y su destino". (Marcel, 1964, pág. 165). Esta participación concreta es lo que funda la posibilidad de "aproximarnos ontológicamente, es decir, en tanto seres". (Marcel, 1964, pág. 163).

La participación en la intersubjetividad se dará como un movimiento paradójico donde simultáneamente al profundizar en mi experiencia profundizo en la ajena y donde al abrirme a la experiencia ajena me abro a la mía. Esta paradoja que supera cualquier visión cosista de la relación personal que la pudiera asimilar a un esquema sujeto-objeto, se funda, insistimos, en el hecho de que la intersubjetividad es una dimensión de cada uno.

Tenemos que afirmar que, si bien la intersubjetividad se «anida» en lo profundo de nuestro ser, no es un factum que me determine, sino al contrario, acontece en cada uno como una llamada a la libertad. De tal modo que cada uno puede vivir en consecuencia con su dimensión intersubjetiva y de ese modo participar plenamente en la unión intersubjetiva o bien puede cerrarse a ella negándola. Aquí Marcel, como en muchas otras partes, se acerca al lenguaje religioso, al plantear que esta cerrazón a la intersubjetividad corresponde a lo que llamamos pecado:

Que considere mi alma como una perla que debo extraer de las profundidades, como estatua para modelar, como un jardín para cultivar —una multitud de metáforas semejantes pueden inventarse—, en todas esas perspectivas corro el riesgo de desconocer los derechos superiores de la intersubjetividad o, “en un lenguaje más sencillo y convencional, que sin duda será conveniente emplear, de pecar contra el amor “. (Marcel, 1964, pág. 228).

A decir verdad, la analogía parece bastante perfecta y ayuda a entender el contenido de algunas de las afirmaciones que hace la teología respecto al pecado. Al interpretarlo desde esta óptica filosófica, podemos entender el por qué el pecado es ante todo contra el amor (que aquí es interpretado como apertura y participación en la intersubjetividad) y por qué para la teología todo pecado daña simultáneamente las relaciones con Dios, con el prójimo y consigo mismo.

Desde el momento en que la intersubjetividad concreta las relaciones con lo trascendente que en este lenguaje marceliano es llamado misterio ontológico, las relaciones con el prójimo y las con uno mismo ya que lo subjetivo en su estructura propia es ya profundamente intersubjetivo, el cerrarse a ella conllevará un daño a esta triada de relaciones. Así también teológicamente esta analogía nos sirve para entender la imagen del infierno como soledad y del pecado como traición al propio ser.

El acercamiento que hace Marcel a la metafísica, como dijimos, comienza con la experiencia del ser de cada hombre. El ser es aquello que completa la necesidad de sentido, de plenitud, incluso de vida que todos tenemos. Veámos cómo esa afirmación fenomenológica pasa en Marcel a ser metafísica, al afirmar que esa necesidad, la exigencia del ser, no es un mero anhelo subjetivo, sino un misterio en el cual estamos inmersos. De esta manera, hemos tratado de demostrar la primera tesis de este trabajo: la tesis de que Marcel plantea una metafísica a partir de una fenomenología. A través de las nociones de misterio ontológico, de encarnación y participación, he tratado de esbozar algunos de los rasgos de la metafísica de la existencia humana de Marcel.

El punto de partida de esta reflexión metafísica es el ser encarnado. Uno de los rasgos propios del dato de la encarnación es su ambigüedad, la que se manifiesta en el hecho de que al mismo tiempo que tenemos un cuerpo y lo sentimos como nuestro, no nos identificamos plenamente con él. A partir de ese hecho, Marcel expresa que no somos sólo cuerpos, sino que hay un ser que nos anima, es decir, que somos seres encarnados. Ahí tenemos un primer modo de vinculación de la existencia personal con el misterio ontológico, puesto que ese ser que soy es el lugar donde el misterio acontece.

De un modo más definitivo, a través del misterio de la participación, se nos muestra de un modo contundente el nexo entre mi existencia concreta y el misterio ontológico. A través de mi ser encarnado, participo en el mundo, soy en el mundo. Esa misma participación se da en otros niveles, como en los deseos de sentirme parte de empresas mayores, de proyectos, etc. La intersubjetividad será otro nivel donde se verificará la participación, en la medida en que me inserto en una comunidad concreta.

Todas estas participaciones testimonian y expresan una gran participación, que es mi participación en el misterio ontológico.

Aquí encontramos un vínculo clave. La participación viene a ser el modo en que se vincula la experiencia personal y el misterio ontológico. Esta participación en el misterio se da siempre, pues somos en el misterio, es lo que nos constituye y nos hace ser. Sin embargo, no siempre se actualiza plenamente en la persona. Si bien estamos inmersos en el misterio, depende de nosotros el que ese misterio acontezca de manera activa.

¿Podemos quedar satisfechos con esta metafísica Marceliana? Si lo que esperamos de su metafísica es un sistema, sin duda quedaremos con gusto a poco. Pero si lo que buscamos es, a partir de la experiencia humana, plantear como posibilidad un misterio que nos trascienda y que fundamente nuestra existencia y las relaciones humanas, me parece que podemos sentirnos satisfechos.

A partir de la noción de encarnación que nos sitúa en el mundo desde nuestra experiencia de tener un cuerpo, de participación que nos sitúa en una realidad que nos trasciende y en medio del misterio de las relaciones humanas, podemos esbozar una metafísica que de alguna manera sirva de contrapeso a una sociedad donde el ser humano se reduce a un mero haz de funciones. Si bien no estamos en condiciones de dar una definición concreta del misterio que nos envuelve, Marcel nos muestra que nuestra existencia se encuentra anclada en algo que la trasciende, que le da sentido y que permite que formemos auténtica comunidad, lugar concreto donde acontece el misterio.

Por consiguiente; es a través del camino que recorre el ser humano durante su existencia, que va dando pasos hacia la comprensión de su propio ser, un ser que se sabe existente, pero existente con los demás. Sin embargo, la existencia se da en lo concreto de la misma persona, es saberse un ser digno y libre, esto es, la reconstrucción de la dignidad de la persona, se asienta, en primera instancia, en su ser concreto, en el en sí, un en sí que está en relación con el otro que está frente a él, es la relación de la interacción de los seres humanos basados en la alteridad, una alteridad en igualdad de condiciones, sabiendo que ninguna persona deja de ser digna, porque ésta le pertenece por el simple hecho de ser, de existir de saberse un alguien.

No obstante, el respeto a la dignidad depende primero en la propia persona, y segundo en el respeto de la dignidad del otro, es decir, es una relación de la dignidad mía y del otro en una dinámica de concomitancia, la cual, depende de toso los seres existentes y el conjunto de relaciones que se dan entre todos.

Finalmente, podemos afirmar que la sociedad está conformada por seres dignos, porque la dignidad recae en la naturaleza del ser propio de las personas, empero, las relaciones sociales y todo lo que se construya dentro de ella, será el medio por el cual, las personas se sentirán sujetos de dignidad, cuando todos los miembros de la comunidad se traten como iguales y se reconozcan entre todos como sujetos dignos y libres.

La recuperación de la dignidad y la reconstrucción de la misma será posible cuando nos sepamos un homo viator, en camino a la trascendencia, fundamentada en la existencia llena de esperanza.

## CONCLUSIÓN

Al analizar la obra filosófica de Gabriel Marcel el denominado filósofo de la esperanza nuestra investigación giro en torno a dar sentido a nuestra sociedad por medio de la reconstrucción de su dignidad, las indagaciones realizadas nos condujeron a ultimar los siguientes postulados:

### **- El Derecho al respeto como sentido de dignidad**

Toda persona tiene derecho a que la respeten, ya sea de bajos recursos o el magnate, ambos tienen la misma dignidad por el hecho de ser personas. Cabe señalar que nuestra sociedad los trata de manera diferente, es por ello por lo que en nuestra investigación dimos las pautas para que se les dé el mismo trato a ambos.

### **- El Ser como dador de la dignidad**

Sabemos que toda dignidad debe emerger de un SER que tiene la dignidad en plenitud por lo que en nuestra investigación le llamamos Dios, nuestro autor como ya hemos mencionado es cristiano, por esto ve en Dios como este dador de la dignidad a la persona, que únicamente tiene el trabajo de conservarla integra. Pero nuestra sociedad día a día trata de llevarle a perderla en medio de los excesos, cabe mencionar que para Marcel la dignidad la vamos a conservar integra en cuanto participemos de la dignidad divina.

### **- La trascendencia como fuente de salvación**

Cabe mencionar que toda persona tiene el sentido de trascendencia, pero sabemos que no todos lo quieren hacer, porque a lo largo de su vida va perdiendo este sentido por medio de la cosificación, en donde está sometida, es aquí donde entra el porqué de nuestra investigación, es dar sentido a la vida de estas personas que creen que todo está perdido, es hacerles notar mediante la esperanza, la manera de reconstruir su dignidad para así poder llegar a la trascendencia que es estar con Dios. Como nos lo dice nuestro autor.

- Que la muerte no representa para el hombre la aniquilación total de su ser, y tampoco se deberá sentir un estado de absurdo, sino que, por el contrario, los seres humanos nos debemos saber abiertos hacia una forma o manera distinta de existencia que cobra todo su sentido en la esperanza de un Dios personal, esto es, que está al cuidado de todos y es en sí mismo quien le otorga sentido a la totalidad del ser.
- La persona se debe comprender como un ser encarnado, que se encarna en y por el misterio que le acontece a su alrededor, no obstante, es indispensable que el individuo cobre sentido de todo lo que él es en sí mismo. Un ser completo cargado de libertad y voluntad. Pero, es a través de este ser volitivo que se puede comprender así mismo como un sujeto con sentido de trascendencia y de responsabilidad de su propio ser y del de los demás.
- Comprender que el ser humano, al poseer un ser encarnado, y tener en sí mismo una relación con el misterio, es por y a través del misterio que el sujeto se debe comprender digno, la dignidad, se trasfiere por la propia existencia, una existencia que se debe vivir, experimentar y crear.
- Es comprender que el ser humano está inmerso en un mundo lleno de sufrimiento, que el sufrimiento no se debe entender como un castigo, sino como propio de la existencia y de las limitaciones humanas, que, en gran parte de las ocasiones de sufrimiento, se encuentra implícita la libertad humana, pues, es con base en las decisiones personales que el ser humano se transforma en lo que es. Aunque es importante tomar en cuenta las circunstancias.
- Se pudo inferir a lo largo de la investigación, que la mayoría de las personas, se encuentran en un proceso de objetivación, que ha sido provocada por todos aquellos que se han empeñado en cosificarlos, sin embargo, la verdadera cosificación, recae en la forma y la manera en la que la propia persona se autoconstruye, esto es, si el ser humano se siente nada, cosa ante la multitud de experiencias que experimenta todos los días, es él mismo el que se piensa como un objeto, por ello, partiendo de su ser concreto y singular, debe ir edificando su propio ser, su esencia, pues, al final del día, en el mismo, radica la fuerza para saberse un ser digno, entenderse como persona y ser consciente de su propia

naturaleza. Un ser digno, concreto, existente, pero sobre todo con un gran poder de auto determinarse.

La peregrinación se convierte así en un modo de vida, en un modo de afrontar los problemas vitales, aquellos que presentan el otro, esperanza, la familia, la inmortalidad, los valores, la salvación, la dimensión espiritual y las diferentes reflexiones filosóficas del momento.

## GLOSARIO

**Agnosticismo:** postura filosófica que sostiene que ciertas cuestiones, especialmente las relacionadas con lo divino o lo trascendental (como la existencia de Dios, lo absoluto o el origen del universo), son inherentemente desconocidas o incluso incognoscibles.

**Cavila:** reflexionar o pensar profundamente sobre algo, generalmente con preocupación o inquietud.

**Cavilación:** se refiere al proceso de reflexión profunda y meticulosa que busca cuestionar, analizar y entender cuestiones fundamentales relacionadas con la existencia, el conocimiento, la ética, la realidad y otros temas centrales de la filosofía.

**Cosificación:** se refiere al proceso mediante el cual se trata a las personas como objetos o cosas, despojándolas de su humanidad, autonomía o subjetividad.

**Dignidad: Discernimiento:** se refiere a la capacidad de juicio crítico y reflexivo que permite distinguir entre diferentes opciones, valores, conceptos o situaciones para tomar decisiones o llegar a conclusiones fundamentadas.

**Empero:** es un adverbio que se usa como sinónimo de "sin embargo" o "pero".

**Encarnado:** suele referirse a la noción de que el ser humano no es únicamente una mente abstracta o una entidad racional, sino que también está profundamente conectado con su cuerpo y su experiencia física en el mundo. Este concepto es esencial en corrientes filosóficas como la **fenomenología** y el **existencialismo**, que subrayan la importancia de la corporalidad para comprender al ser humano en su totalidad.

**Ente:** el término "ente" proviene del latín ens, que significa "ser". Se refiere a cualquier cosa que tiene existencia, ya sea real o conceptual. Es uno de los conceptos fundamentales en la metafísica.

Este término evoca una actitud de inquietud intelectual, donde el pensamiento no se conforma con respuestas simples o superficiales, sino que profundiza en las ideas para encontrar significados más complejos.

**Existencialismo:** corriente filosófica que se centra en la experiencia humana, la libertad individual y la búsqueda del significado de la existencia.

**Existencialista:** pensador o filósofo que se adhiere o desarrolla ideas relacionadas con el existencialismo.

**Eyectado:** significa arrojar algo hacia afuera, como si fuera expulsado. En filosofía, podría usarse de manera metafórica para describir algo que es proyectado o lanzado fuera de un sistema o de una perspectiva determinada.

**Idealismo:** corriente filosófica que enfatiza la primacía de las ideas, la conciencia o la mente frente al mundo material. En términos generales, los idealistas argumentan que la realidad que experimentamos está profundamente influida o incluso creada por nuestra mente, nuestras percepciones o nuestras ideas.

**Impera:** El término "impera" proviene del verbo "imperar," que significa gobernar, mandar o dominar.

**Incognoscibles:** se refiere a aquello que no puede ser conocido o comprendido debido a su naturaleza inaccesible o más allá de los límites del entendimiento humano. Es un término que se utiliza en diversos contextos, especialmente en filosofía, para describir conceptos, entidades o verdades que permanecen fuera del alcance del conocimiento o la percepción.

**Indagación:** se refiere al proceso de investigación, cuestionamiento y análisis profundo con el objetivo de buscar la verdad o alcanzar una comprensión más completa de ciertos temas o problemas fundamentales.

**Inherentemente:** se refiere a algo que es propio, esencial o natural a la naturaleza de una persona, cosa o idea.

**Intersubjetividad:** es un concepto central para comprender cómo las personas comparten experiencias, significados y realidades. Es un término que describe la conexión entre sujetos a través de la comunicación, la empatía o el entendimiento mutuo.

**Masificación:** fenómeno social en el que los individuos pierden su identidad o singularidad al formar parte de una masa o colectivo.

**Metafísica:** es una disciplina que se ocupa de las cuestiones fundamentales sobre la naturaleza de la realidad, la existencia y el ser.

**Metapsíquica:** es un término que históricamente se ha relacionado con el estudio de fenómenos que trascienden la experiencia física o natural, y a menudo se asocia con investigaciones sobre lo paranormal, lo psíquico y lo espiritual.

**Objetivar:** tiene un significado filosófico y práctico relacionado con la acción de transformar algo subjetivo (como emociones, ideas o experiencias) en un objeto o entidad que puede observarse, analizarse o tratarse desde una perspectiva externa.

**Ontológica:** el término **ontológica** está relacionado con la **ontología**, que es la rama de la filosofía que estudia el ser, la existencia y la realidad en sus aspectos más fundamentales.

**Persona:** "sustancia individual de naturaleza racional"

**Personalismo:** corriente filosófica que coloca a la persona humana en el centro de su reflexión.

**Plenipotenciario:** se refiere a una persona que tiene plenos poderes para actuar en nombre de otra, especialmente en el ámbito diplomático.

**Retribución:** especialmente en la ética y la justicia, es un concepto que aborda la relación entre las acciones de una persona y las consecuencias que estas merecen, tanto en sentido positivo como negativo.

**Sacralidad:** se refiere a la reflexión sobre lo sagrado, aquello que es considerado absoluto, intocable o trascendental, y que provoca veneración o respeto profundo. Este concepto se explora tanto desde perspectivas religiosas como laicas, y está vinculado a temas como la moral, la trascendencia y los valores universales.

**Ser encarnado:** se refiere a la idea de que el ser humano no solo es una mente o una entidad abstracta, sino también un cuerpo que está íntimamente ligado a su existencia y experiencia en el mundo. Este concepto es fundamental en corrientes filosóficas como la **fenomenología**, que destaca la relación entre el cuerpo, la conciencia y el entorno.

**Ser:** se refiere a la realidad o existencia en su sentido más amplio. Es una categoría clave en la **ontología**, la rama de la filosofía que estudia el ser, su naturaleza, propiedades y relaciones.

**Suprasensible:** se refiere a aquello que trasciende los sentidos, es decir, que no puede ser percibido directamente por los órganos sensoriales pero que, sin embargo, puede ser concebido o pensado a través de la razón o la intuición.

**Transmutación:** se refiere al proceso de cambio o transformación profunda, ya sea en un sentido físico, moral, espiritual o conceptual.

**Trascendente:** es un concepto profundo que ha sido explorado por pensadores a lo largo de la historia. Se refiere a aquello que va más allá de los límites del mundo físico o de la experiencia humana inmediata. Muchas tradiciones filosóficas han reflexionado sobre la idea de trascender el aquí y el ahora, ya sea en un sentido espiritual, ético o existencial.

es un concepto fundamental que implica el reconocimiento del valor inherente de cada individuo, independientemente de su estatus, capacidad o características particulares.

## Bibliografía

- Alegre Martinez, M. Á. (s.f.). *la dignidad de la persona* .
- Aquino, S. T. (s.f.). *Summa teologica*.
- Arengue, R. Y.-J. (2003). *Fundamentos de Antropología: un ideal de la existencia humana*. Navarra: Eunsa.
- Aristóteles. (s.f.). *Metafísica* . Gredos .
- Brogger, W. (2000). *Diccionario de filosofía* . Barcelona : Herder.
- Burgos, J. (2013). *Antropología: una guía para la existencia* . Madrid: Palabra.
- Francisco. (2021). *Fratelli Tutii*. Roma .
- Gabás, R. (2011). *Historia de la Filosofía*. Barcelona: Herder.
- Gallagher, K. (1966). *La Filosofía de Gabriel Marcel*. Madrid: Razón y Fe.
- Heidegger, M. (1927). *ser y tiempo*. Todtnauberg: Escuela de filosofía Universidad de ARCIS.
- Holzapfel, C. (2014). *Ser Humano (Cartografía antropológica)*. Santiago de Chile .
- Huxley, B. (1990). *El Humanismo y el futuro del hombre*. Buenos Aires: Horme.
- Jaspers, k. (2003). Buenos Aires: Losada.
- Jaspers, k. (2003). *La fe filosófica* . Buenos Aires : Losada.
- marcel, G. (s.f.).
- Marcel, G. (1935). París.
- Marcel, G. (1954). *Prolongemos para una nueva metafísica de la esperanza*. Buenos aires : Nova.

- Marcel, G. (1956). *Diario Metafísico*. Buenos Aires: Losada.
- Marcel, G. (1959). Madrid: Occidente.
- Marcel, G. (1964). *El misterio del Ser*. Buenos Aires : Sudamericana.
- Marcel, G. (1967). París: Encuentro.
- Marcel, G. (1969). *Diario Metafísico* . Madrid: Guadarrama.
- Marcel, G. (1971). Madrid: Guadarrama.
- Marcel, G. (1987). *Aproximación al misterio del Ser, posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*. Madrid: Encuentro.
- Marcel, G. (2001). Madrid: Caparrós.
- Marcel, G. (2004). Madrid: Bac.
- Marcel, G. (2005). Salamanca: Sigueme.
- Marcel, G. (2019). *Principales Personalistas*. Obtenido de (  
<https://www.personalismo.org/gabriel-marcel-2/>).
- Martinez, M. Á. (1996). *La dignidad de la persona como fundamento del ordenamiento constitucional español*.
- Meña, E. A. (1993). *El Colombiano R.,.* Mdrid: Bac.
- Montoya, S. V. (1965). *Historia de las doctrinas filosóficas*. Porrúa .
- Pereira, D. (2020). *El existencialismo de Gabriel Marcel*.
- Plourde, S. (2005). Gabriel Marcel y el Misterio del sufrimiento. *Grupo de referencia Ehtos*, 575.
- Rios, D. P. (2020). Existencialismo de Gabriel Marcel, Aspectos del problema de la verdad desde la filosofía concreta. *Espiga*, 19(39), 131- 147. Obtenido de <https://revistas.uned.ac.cr/index.php/espiga/article/view/2995>
- Rojas, J. V. (2017). *Metafísica de la esperanza en el pensamiento de Gabriel Marcel y su aporte a una epoca crisis*. UNAD.

- Ruiz, J. d. (1971). *El hombre y su muerte*. Aldecoa.
- Runes, D. (1969). *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Grigalbo .
- Seco, J. (1989). *Nietzsche y Marcel, testigos de la modernidad*. Valladolid.
- Seco, j. (1990). *Introduccion al pensamiento de Gabriel Marcel*. Madrid España:  
INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER.
- Sofocles. (s.f.). *Antigona* .
- Spaemann, R. (1989). *Lo natural y lo Racional* . Madrid: Riald.
- Urabayen, J. (2010). *El ser Humano en un mundo Roto* . Antioquia.
- Xirau, R. (2000). *Introducción a la historia de la filosofía*. Mexico : Universidad  
Autonoma de Mexico .